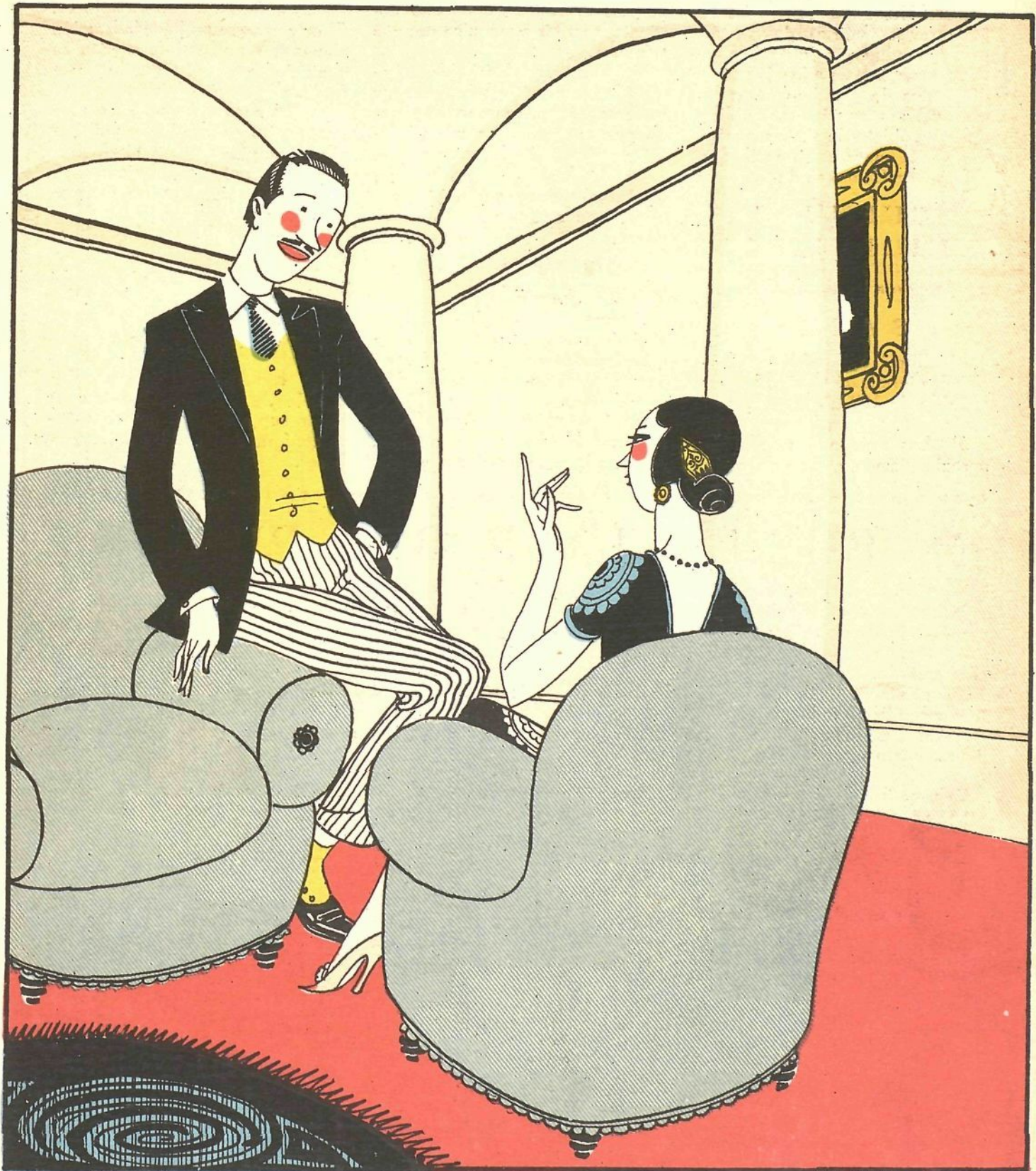


BUEN HUMOR



Dib. REINOSO. — Madrid.

- Y sobre todo no quiero que compremos los muebles en casa de Alcobillero. ¡Son de tente mientras cobro!...
- Entonces tendremos muebles para toda la vida.

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio *único*, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base d establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Un aprendiz de imprenta lleva las pruebas a un cliente. Al regresar, le pregunta el dueño:

— *¿Qué tal le han parecido las pruebas?*
— *Me parece que muy mal — responde el aprendiz —, porque me ha dicho que las pueden tirar.*

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

Un yerno, a los tres años de casado, hablaba bien de su suegra y decía a sus amigos:

— *Mi suegra es una mujer de gran inteligencia, generosa, alegre, amable, agradable...; pero tiene un defecto.*

Uno de los que le escuchaban le dijo:

— *¿Cuál?*

— *¡Su hijo! — contestó el yerno.*

E. NOÑIR. — Madrid.

A un niño muy mimado, al que le han dado todos los gustos, le regalan sus paps cinco duros por su fiesta onomástica.

EL NIÑO (a su mamá). — *¿Qué me compraré con este dinero?*

LA MAMÁ (cansada de darle su opinión y de no satisfacer al pequeño, dice). — *No sé, hijo mío; nunca tienes orientación.*

EL PADRE (que ha oído la conversación, contesta). — *¡Cómprale al niño una brújula!*

F. SAVORG. — Barcelona.

El médico está junto al lecho de un moribundo, cuyo fallecimiento se espera de un momento a otro.

— *¿Cómo estoy, doctor? — pregunta el paciente con voz débil.*

— *Mejor, mejor. Mañana podrá usted salir en coche.*

F. M. M. — Zaragoza.

— *Ayer, cuando bautizaron a mi sobrina, se le cayó al padrino a la pila ..*

— *Y ¿cómo la pusieron?*

Distraído:

— *Chorreando.*

P. P. T. — Sevilla.

— *¿Por qué tiene BUEN HUMOR más importancia que Rubens?*

— *Porque Rubens hizo sólo tres gracias, y BUEN HUMOR hace muchas gracias...*

— *No hay de qué.*

BAJO-CALLE. — Madrid.
Autores jocosohumorísticos.

— *¿Qué rezaría un aviador al ocurrirle un accidente en el aire?*

— *El Padrenuestro, por aquello de no nos dejes caer...*

ANTONIO CURA. — Melilla.

El premio del número anterior ha correspondido a **Santiago Santacrú, de Madrid.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de octubre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo diciembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de octubre, insertos en esta

página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 19 de noviembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

22. — Jeroglífico para novenarios.

MARTE		LIPTON		AMONÍACO		5 ORIENTE	
GALLETA		COLMADA		r r r r			
500 INDULTO							
ARTÍCULO	MASCULINO DE UN GUÑO	CORDERO	1000 NORTE	T 1 G	CERO		
¿CÓMO ESTÁ EL AGUA EN EL TEMPLO?		PRONOMBRE	E	ENTE	PREPOSICIÓN		
PRENDA	TARTARA	AGRIPINA CLARA FELISA	Y	500 B T—O	S 50	PERO	
500 PRONOMBRE		6 PREPOSICIÓN	SE DICE AL QUE ESTORNUDA				

CUPÓN
correspondiente al número 48
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

23. — Frase conocida.

**EL
SOT**

El vals de las olas.
El guardarropa de Weyler.

CUPÓN NÚM. 5
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de octubre.



Puede Vd. ser
OPTIMISTA
después de usar la
PASTA
D E N S

que le permite ostentar una dentadura
blanca y una boca fresca y perfumada.

TUBO 1.50

UNA VISITA Y UNA SÚPLICA



Yo había pasado una casticísima noche de Difuntos, sucesivamente entregado a los dos tradicionales recreos de la susomentada noche; conviene, a saber: la audición del *Tenorio* y la metódica devastación de una batea de churros, devastación reiteradamente amenizada por rondas de aguardiente infimo. Todo lo cual, en opinión de los amigos que acababan de dejarme a la puerta de casa, constituía un verdadero e inmejorable programa de noche de Difuntos castiza.

Pero, aun a trueque de enajenarme las simpatías de ciertos lectores, he de confesar que el casticismo, así sea en la prosa de D. Ricardo León, en los romances de D. Antonio Casero o, ya más modestamente materializado, en una bandeja de churros, goza la virtud de alterar fatalmente mis funciones digestivas. En consecuencia, no bien me vi reintegrado a los humildes límites de mi cuarto, me apliqué febrilmente a buscar por gavetas y cajones el potecico del bicarbonato. La acedia invadía rápidamente mi aparato digestivo, torturado por súbitos ardores, que me forzaban a adoptar las actitudes más absurdas.

Realmente, quien me hubiese visto en aquel instante dejarme caer anonado en una silla, para desde allí momentos después deslizarme hasta el suelo, puesta una mano sobre el estómago, como el que va a cantar una romanza; quien a seguida me hubiese visto erguirme, con trágico rictus y resueltos ademanes, para emprender nuevamente mi afanosa búsqueda; quien todo esto hubiera presenciado, habría, indudablemente, y sobre la marcha, tomado precauciones que garantizasen su seguridad personal.

Y, sin embargo, en mí no alentaba el menor instinto agresivo. Buena prueba de ello, que en aquel preciso momento, como resonase un golpear de nudillos en la puerta de la

habitación, yo, en vez de protestar rudamente contra lo intempestivo de la irrupción, me limité a balbucear: «¡Adelante!»

Por lo demás, ningún rumor me permitió sospechar que la puerta se hubiese abierto. De espaldas a ella proseguí la busca del potecico. Por fin, hallado que fué éste, con él en la mano me volví, dispuesto a reiterar la invitación... Pero la sorpresa me impidió hablar, y buena parte del bicarbonato se derramó por la alfombra; ante mí se hallaba una vaga figura envuelta en blanco ropón. Pensé en el primer momento si sería algún vecino en paños menores.

Pero lo sigiloso de su aparición, así como el recuerdo, aun fresco, del *Tenorio*, me confirmaron instantáneamente en la certeza de que se trataba de un aparecido.

Habló éste:!

— Buenas noches, don Ascanio...!

No es que yo albergue el menor resentimiento personal contra el nombre con que el recién llegado me saludaba, no. Llego incluso a reconocerle cierta sonoridad, una distinción no común, si se quiere. Pero con todo, algo molesto respondí al visitante:

— Caballero, no sé por quién me toma usted.

— Pero ¿es posible que no sea usted don Ascanio?...!

Y su asombro parecía absolutamente sincero.

— No lo he sido nunca — repuse con cierta acritud —, no lo he sido nunca, y no sé por qué habría de serlo ahora.

— Pero ¿de veras no lo es usted?

— insistió —. Permítame que me aproxime a la luz para verle mejor... Efectivamente, usted no es don Ascanio. ¡Y yo que...!

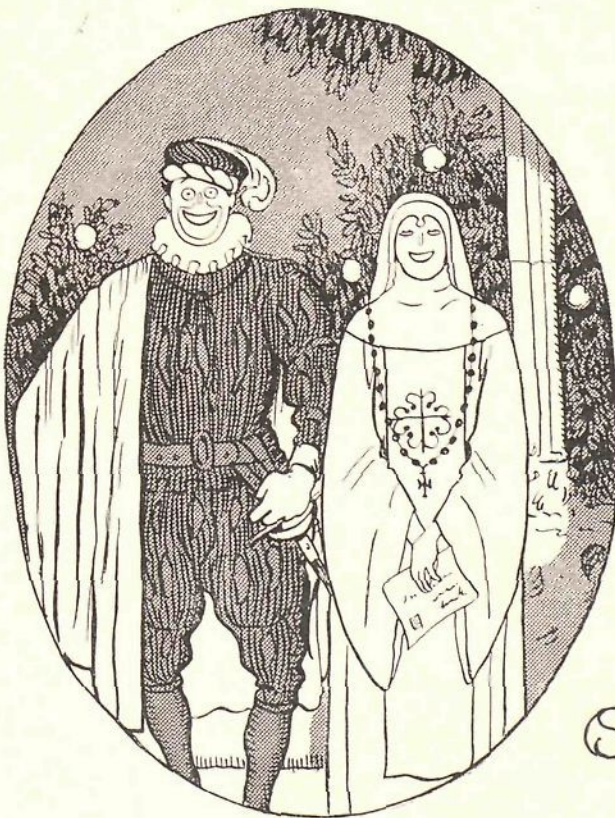
El pobre espectro estaba desolado. Me presentó toda suerte de excusas y se dispuso a retirarse. Pero, bien porque mi normalidad digestiva se hubiera súbitamente restablecido, o ya que el espectáculo de una tan sincera aflicción me conmoviese, insté al aparecido a confiarme sus cuitas.

Y momentos después, mientras yo, sentado a la vera de la encendida chimenea, fumaba un cigarro, el espectro empezó a hablar en estos términos:

— Gracias; ya no fumo. En otro tiempo, sí. Y sobre todo entre estos muros (*acercando a la mía su butaca*). Porque yo vivía en el piso tercero de esta misma casa. Este que usted hoy ocupa era el de don Ascanio, ¿comprende?

— Muy poco, verdaderamente...

— Don Ascanio era viudo y espiritista. Yo, materialista y solterón. Aquí, en este despacho (*y el espectro dio suelta a un suspiro*), nos reuníamos cada noche a jugar al tute. Yo, cuando perdía, me desquitaba hablando mal del espiritismo. Hasta que en cierta ocasión don Ascanio hubo de



Dib. SILENO. — Madrid.

contestarme: «¡Algún día se morirá usted!»

— ¡Claro está! — no pude menos de apuntar irónicamente.

Al espectro no pareció hacerle gracia mi interrupción, pues guardó silencio unos segundos. Cuando volvió a hacer uso de la palabra, fué para decirme:

— ¿Le sería a usted lo mismo no interrumpirme? Especialmente, si ha de ser para hacerme observaciones tan luminosas... Lo que don Ascanio quería decirme es que cuando me tocase en turno abandonar la existencia, experimentaría por cuenta propia la verdad de cuanto él aseguraba. Yo, entonces, le prometí venir a darle cuenta de mis observaciones a este respecto cuando muriese...

— Y se murió usted...

— ¡Me parece! — bufó el espectro, acometido de súbita rabia —. ¡Y que no me he aburrido poco desde entonces!... *Allá* no hay tute; no hay tabaco, ni siquiera del de la Arrendataria; no hay *na*. Si quiere uno distraerse, ¡como no lea a Rabindranath Tagore, que es lo que allí priva!

— Pero ¿lo leen ustedes en indio?

— ¡Ca, en esperanto! ¡Esa es otra! ¡Si le digo a usted!... Hoy no pude más con mi alma. Tiré por la calle de en medio, y vine a la Tierra. «A echar un parrafito con don Ascanio», me dije. Estaba dispuesto hasta a perdonarle que hubiese acertado... Y ya usted ve: me encuentro con que se ha mudado sin dejar sus señas. ¡Es horrible!...

Al llegar aquí, hundió la frente entre



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— Decididamente, tengo mala pata. Después de haber pasado todo el verano luchando con animalitos picantes, voy a leer una novela, y me encuentro con que es de Joaquín Belda...

las manos y enmudeció. Yo me devanaba los sesos buscando qué decirle. Realmente, puedo enorgullecerme de haber recibido una educación bastante esmerada. Yo sé, *verbigracia*, qué consuelos pueden proporcionarse al que acaba de sufrir una pérdida familiar, o bien a aquel para quien la ruleta ha sido adversa, o al otro que ha llegado a la estación minutos después precisamente de haber partido el tren que hubiera debido tomar... Lo que nadie se ha preocupado nunca de enseñarme es cómo se consuela a un espectro atribulado. El de mi historia, por fortuna, se encargó de abreviar tan enojosa situación. Poniéndose en pie y tendiéndome los brazos balbuceó:

— Le dejo a usted.

Sollozaba casi el misero. Yo no pude menos de, a punto de imitarle, decir:

— Ya sabe usted dónde deja un amigo.

Más sereno, desprendiéndose de mis brazos, el espectro se hizo atrás para responder, mirándome a la cara:

— Eso lo dice usted ahora. Pero ¡que diese yo en la flor de visitarle todas las noches!... Se mudaría usted de casa. Como eso no es tan hacedero hoy por hoy, *trasnocharía* para evitarse mi presencia. Pero usted no tiene hábito de *trasnochar*, y acabaría por contraer una afección nerviosa, si es que no derivaba hacia la tuberculosis. Y todo esto sería muy sensible. No; no volveremos a vernos, amigo mío. Sólo quiero hacerle una súplica antes de abandonarle definitivamente. Usted debe de ser escritor. Lo digo porque, entre otras cosas, tiene usted sobre la mesa unas cuartillas a medio cubrir de líneas apretadas. En una de esas líneas he podido descubrir hasta tres faltas de ortografía... Eso me demuestra que escribe usted para el público, para algún diario o revista. ¿Quiere usted dirigirse en mi nombre a sus lectores? Tal vez entre ellos se cuente algún espiritista, que haría verdadera obra de misericordia llamándome a su velador. Yo acudiría gustosísimo. *Allá* me aburro multimilenariamente... Si ese hipotético espiritista accediese a conferenciar conmigo, podríamos hablar de todos los temas que a él se le antojasen; de todos, salvo de Rabindranath... No lo olvide usted. No olvide tampoco que para llamarme basta formar, como es uso, la cadena magnética y pronunciar con fe mi nombre: «¡Benildo oyemel!» Acudiré inmediatamente.

No sé qué pregunta iba a hacerle yo, cuando me encontré solo. A mis pies, el bicarbonato extendido por la alfombra era el único testimonio de la extraña visita. En mi espíritu resonaban aún las últimas palabras del aparecido.

Queridos espiritistas: se trata de la súplica formulada por un pobre espíritu que se aburre inmortalmemente en pleno período *devachskánico*. Queridos espiritistas, ustedes tienen el uso de los veladores...

ANSELMO REGUERA.

LA RESIDENCIA DEL AMOR



El amor, ese maravilloso sentimiento que es a un tiempo causa y finalidad de la vida, le sucede lo que a la vida misma y a la mayor parte de los sindicalistas de acción: que su domicilio es desconocido.

Tan pronto se dice que la vida reside en las glándulas tales, como en las neuronas cuales, como que está de huésped en una celdilla del cerebelo.

Así, del amor, tan pronto se asegura que habita en el principal izquiera del ser humano, como que vive en la boharedilla, en compañía de la loca, como que se alberga en el bajo.

De esta diversidad de opiniones se desprende la única verdad de que el hombre ignora la naturaleza de su propio sentimiento amoroso, es decir, el punto físico de donde es oriundo.

Pero así no podemos continuar, caballeros. Es preciso que averiguemos con exactitud la región orgánica donde nace el amor, para los efectos consiguientes.

Debemos reunirnos y aclarar de una vez esta cuestión, porque va resultando bochornosa nuestra ignorancia. Bochornosa y perjudicial.

Necesario es que todos estudiemos el asunto; que todos aportemos el resultado de nuestras meditaciones y el de nuestras observaciones.

Yo, desde luego, voy a exponer aquí mi opinión.

Esta opinión, señores míos, es hija del azar. Mejor dicho, es hija de un descubrimiento que hice por azar.

Del mismo modo que Newton descubrió la ley de la gravedad por una pera, yo he descubierto el domicilio del amor por un almuerzo.

Voy a dar todo género de explicaciones.

Me hallaba en el café Oriental. Ustedes ya saben que ahora, en Madrid, los cafés son algo así como pequeñas islas de Calipso, en que los rincones sirven a la manera de grutas, donde más o menos agraciadas ninfas acechan a los Ulises y Telémacos, tras sus vasos de moka, y los invitan con sus miradas a la degustación de Afrodita.

Pues bien: dos mesas más allá de la mía se encontraba una de estas amadriades de café con media, bonita si las hay, que sí que las hay. ¡Ay!

La bella criatura estaba consumiendo dos cosas: un vermut y la sangre del camarero, porque llevaba tres horas en

el café y no se iba, a pesar de que eran las doce; todas las mesas se hallaban ocupadas, y brincaba a la vista que la suya estaba haciendo una falta más loca que doña Juana, la del hermoso don Felipe.

Un caballero entró en el establecimiento. Era un hombre bajito, grueso, sanguíneo; algo moruno y algo moreno; el cabello ensortijado y las manos también. Un hombre con salud y pesetas; un hombre, pues, admirablemente facultado para el amor.

Paseó su mirada por el local, buscando una mesa con la misma avidez que si buscase un ser querido.

El camarero se apresuró a decirle:

— Aquí, caballero; aquí puede usted sentarse, con permiso de la señorita.

La señorita dibujó una sonrisa de asentimiento. (No vayan ustedes a creer que la dibujó en el marmol. La dibujó en su rostro, con el gesto.)

El caballero, sin moverse, se dió un golpe con el dedo índice de la mano izquierda en el ala del sombrero, que, aun cuando no lo pareciera, es un modo de saludar muy siglo XX.

— ¿Quiere usted la carta? — le interrrogó el mozo.

— ¿Cómo la carta? ¿Hay alguna carta para mí?

— Digo el *menú*: la lista de los platos.

— ¡Ah, sí, sí! Traiga, traiga la misiva.

Se la trajo el mozo (un mozo de cincuenta y cuatro años corridos), y el caballero se entregó a su lectura con más interés que si se tratase de una novela policíaca. La duda es una terrible enfermedad que acomete al hombre leyendo obras fisiológicas y listas de restaurantes. Verdaderamente, es muy difícil deci-

dirse entre una ración de ternera a la nabeira y unos escalopes.

El camarero, viendo que el comensal se había ya leído cuatro veces la carta — que ni que fuera de su madre —, sin decidirse, se acercó a la mesa, y al mismo tiempo que ponía en ella una servilleta, un tenedor, un cuchillo y una cuchara, le dijo por ofrecerle una solución:

— El cubierto son siete pesetas.

— ¡Ah, pues lléveselo! — repuso el caballero empujando la cuchara —. Comeré con los dedos.

— Perdone el señor — reiteró el mozo volviendo la cuchara a su sitio —. Quiero decirle al señor que por siete pesetas se le dan cuatro platos.

— No me conviene. Por seis pesetas me dan un juego de cacerolas en cualquier ferretería.

El camarero se le quedó mirando, lleno de estupor, preguntándose si aquel regordete era tonto o le estaba tomando el filamento capilar.

Se puso la rodilla en la cadiera, y con un tono ya algo chulo objetó:

— ¡Bueno, señorito! Usted dirá qué le traigo, y deje las cuchufletas *pa* en comiendo.

— Mira, pues no sé. Lo dejo a tu elección. Tráeme lo que quieras.

— Bien; pues, entonces, si le parece al señor, le traeré una entrada...

— Una entrada, eso es; pero rebosante, que sea un lleno, porque tengo mucho apetito.

— *Perfektamente*. Después un plato de huevos.

— Muy bien.

— Y un plato de carne.

— Muy bien.

— Y un plato de langostinos.

— Eso. Y otro de porcelana para echar las cabezas.

— *Percatao*. Postre, pan...

— Dos barras para hacer flexiones.

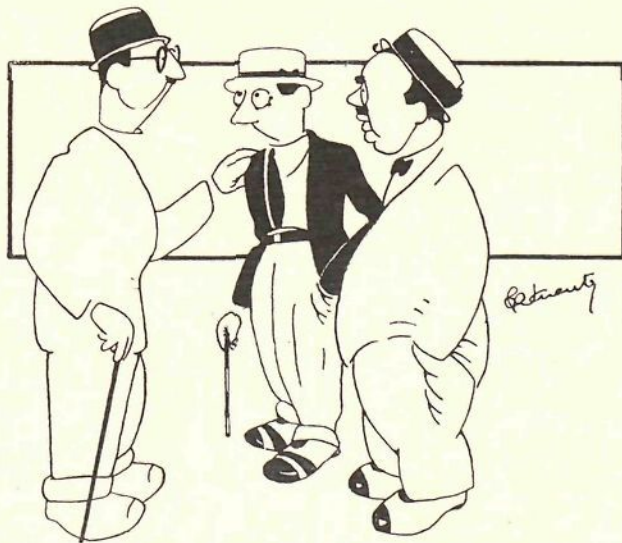
— ¿Y vino?

— Y vino...; y vete y vuelve volando, que tengo un hambre que ríete de los famélicos rusos.

A todo esto, ni una mirada, ni una sonrisa a la señorita adjunta. Ella, sin embargo, no dejaba de arrojarle miraditas insinuantes con sus ojos adormecidos. Pero él, como si le mirase Sánchez Guerra.

Vuelta la cabeza hacia el interior del café, esperaba el regreso del camarero con la misma expresión romántica con que las castellanas medievales oteaban, desde una torre, el camino por donde había de tornar de la guerra el doncel amado.

Llegada, al fin, la comida, ingirió con avidez la sopa: ese protoplasma misterioso y caliente que en los cafés se llama *puré* de legumbres.



Dib. FUENTE. — Madrid.

— ¿Qué, ha terminado el bachillerato?

— Sí, lo ha terminado; pero ahora no sé si darle una carrera o meterle en un Banco.

— Mire usted, el banco es mucho más descansado que la carrera.

EN VOZ ALTA

El Ideal, ¡oh, el Ideal!...

El Ideal, dicho así, no es un establecimiento de tejidos, de quincalla ni de perfumes.

¿Qué es el Ideal?

Hasta hace poco, el Ideal ha estado de moda, como lo estuvo en el siglo pasado el ser poeta, después ser intelectual y ahora ser ensayista.

Con el Ideal han encubierto muchos lo que era imposible encubrir, porque no existía.

¡El Ideal!... 'Se ha hablado de él: «Yo lucho por el Ideal», como se hubiera podido luchar por obtener un destino del Estado.

Los poetas del Ideal no han cesado de traerle y llevarle. En este caso, el Ideal era una cosa demasiado vaga y que se prestaba a diversas interpretaciones.

Era para coger a cualquiera de ellos (cosa fácil de hacer, pues los poetas del Ideal se distinguen entre la multitud por ir uniformados) y rogarle que, en términos concretos, dijera qué era el Ideal, qué entendía por el Ideal...

— ¿Es acaso dejar para siempre esa alimentación imposible de utopías y medias tostadas? ¿Vestir limpio? En fin, dígame qué es el Ideal, a ver si puedo conseguirlo, para que se convenza de que lo menos ideal de todas las cosas es precisamente el Ideal.

Seguramente se hubiera quedado algo confuso ante estas palabras, y entonces se le hubiera insistido sobre lo terrible de ese Ideal con mayúscula, tan terrible, o casi tan terrible, como el pecado y el vergel... No digamos nada del pensil...

— A no ser que usted quiera ser un poeta-modisto — se le hubiera dicho —, no hable aceptando como fundamentales cosas que han de pasar de moda. Acepte usted siempre el desnudo, y, a ser posible, el desnudo del desnudo.

»Ciertas cosas requieren a veces darse en carne viva para convencer de la sinceridad de su emoción.

»Este procedimiento quizás le haga más difícil la expresión de lo que tenga que expresar, si es que tiene algo que expresar.

»Pero, ¡por Dios! — se le hubiera dicho para terminar de una vez —, haga por no dejarse llevar de la inspiración. Nada más perjudicial para el artista que la inspiración... Y, sobre todo, el Ideal.

»No hable de lograr ese dichoso Ideal con mayúscula. Tenga siempre en cuenta que el Ideal de todo verdadero idealista debe ser no conseguir su Ideal.

»El verdadero ideal es como la espuma: en cuanto se le aprisiona, deja de ser lo que es.»

FRANCISCO DE TROYA.

nerse nervioso. Se notaba que quería dirigir la palabra a la *fillette*; pero que no encontraba la frase oportuna.

La degustación de un vaso de café, exaltando evidentemente su pasión por la joven, le hizo decidirse.

Inclinó de improviso el busto hacia ella, y le preguntó con una voz desigual, haciendo un gallo:

— ¿Usted ha estado alguna vez en Orense?

Fué lo bastante. Media hora después salían juntos del establecimiento.

Y yo quedé completamente convencido de que el amor reside en el estómago.

Está claro como la luz *genital*, que dijo un académico.

FERNANDO LUQUE.



Dib. CILLA. — Madrid.

— Yo quisiera casarme con ésta por el sistema que dice El Comunista.
— Bueno; pero te advierto que por ese sistema la chica ya es viuda dos veces.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado.

XXIII

Desde aquellos veraniegos, largos y voluptuosos días en que interrumpí el envío sistemático y persistente de mis crónicas de París (supongo que con gran asombro de mis lectores, aunque en realidad no me consta que se haya asombrado nadie), han ocurrido bastantes cosas que no tengo más remedio que referirles a ustedes, porque es necesario poner en claro el asunto y tranquilizar al público, al que también supongo muy alarmado, aunque tampoco me consta que lo esté efectivamente...

En primer lugar, he venido de París a Madrid... En segundo lugar, me he pasado mes y pico en Madrid... Y en tercero (y en *tercera*), he vuelto a París el domingo pasado... ¡Y aquí no ha pasado nada... más que el domingo susodicho!

Me hallo, por tanto, nuevamente en la capital francesa, dispuesto a seguir amenizándoles a ustedes las existencias con mis fidedignos relatos y con mis descripciones rotundas y definitivas, que han logrado que París sea conocido por los lectores que no tenían el honor de conocerle, y completamente *tañado* por los que ya le conocían de vista...

Pero como ustedes querrán saber la razón que me hizo ir a Madrid de manera tan repentina, voy a abrirles a ustedes mi pecho, para que no digan.

Como recordarán los que tengan buena memoria, yo me hallaba magníficamente hospedado, por cuenta de BUEN HUMOR, en el *Grand-Hôtel*. Mis gastos oscilaban (pero oscilaban de una manera alarmante, con vistas a la caída mortal) entre trescientos y trescientos cincuenta francos diarios, franco más franco menos; y si hemos de ser francos, resultaba de esto una dilapidación tan horripilante, que la Gerencia de BUEN HUMOR tembló, la Administración vió cubrirse de canas su cabeza, la Dirección se puso pálida y la Caja se desencajó... Y el resumen de toda esta cuestión fue un telegrama que recibí, concebido por el Espíritu Santo en estos términos:

«Imposible sufragar estancia. Amino-re gastos. Prive-se gustos... Busque casa huéspedes, principio, vino... No vaya teatro... No tomé café... Fume de gorra... Desprecie olímpicamente bello sexo... Concurra sitios entrada gratuita... No tenemos inconveniente en que se coloque en algún establecimiento, oficina, portería, cosa análoga, a fin de ganar algo...»

La lectura de este despacho hizo que se me erizasen los cabellos, hasta tal punto que se me perdió la raya y todavía no la he encontrado... Hay que tener

en cuenta que, en el instante de recibir yo el aviso, había en mi bolsillo dos francos y medio, por cuya razón esperaba fondos en lugar de buenos consejos, es decir, que se daba el absurdo caso de que, encima de ser BUEN HUMOR el que me hacía una mala faena, me mandaba a mí un aviso...

La tragedia asomó su carátula de pocos amigos, inundando mi alma del pesimismo de Cambó y de la desesperación de Espronceda. ¿Qué hacer?... ¿Qué partido tomar?... Calculé, acertadamente, que con dos francos y medio no podía tomar partido ninguno, pues dado el precio de las cosas en París, lo único que se puede tomar por dos cincuenta es un café con bollo...

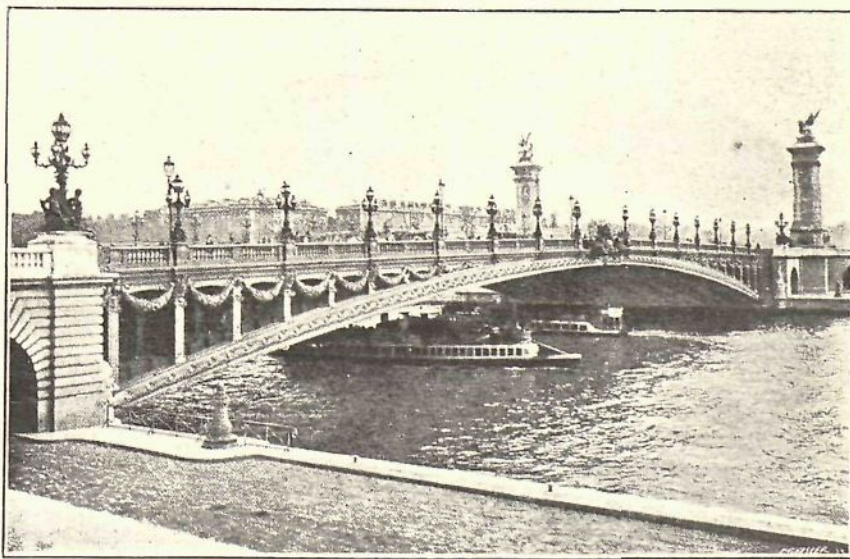
La situación resultaba dramática, tan dramática como para que la llevase al teatro el Sr. Echegaray (D. Miguel) y encima le largaran una grita... Yo debía en el *Grand-Hôtel* la última semana completa, es decir, el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado y el domingo, o para decirlo mejor (puesto que yo debía el dinero en francés), *le lundi, le mardi, le mercredi, le jeudi, le vendredi, le samedi et le dimanche*... Precisamente la víspera de la catástrofe se me había dolido el *ré-*

gisseur de la creciente baja del franco, sin calcular el pobre *monsieur* que los francos de mi cuenta los iba yo a cotizar a cero con cero al día siguiente; o dicho sea en lenguaje un poco menos bursátil, que no iba a poder pagar ni una *gorda*...

Menos mal que en el hotel, gracias a mi renombre universal como literato, se me trataba con bastante confianza, y yo, en justa correspondencia, decidí también tomarme confianzas con ellos; y ¡qué mejor demostración de la confianza que yo tenía con la casa que no abonar la cuenta!

De todas maneras, pensé en el suicidio, porque habiendo leído en los billetes de banco franceses que los falsificadores tenían pena de cadena perpetua (¡y esto lo leí en un billete de diez francos!), supuse que el negarse a pagar mil y pico aumentaría la pena hasta la guillotina..., y no me parece exagerado el aumento en relación a la cantidad; razón por la cual aconsejo a los falsificadores que, en vez de elaborar billetes de diez francos, los elaboren de quinientos para arriba, puesto que el castigo es el mismo, y, en cambio, el negocio es mucho más amplio y saneado.

¿He dicho que pensé en el suicidio? ¡Creo que sí!... Pero tranquilícense uste-



EL PUENTE «ALEXANDRE III»

Magnífica construcción que, a pesar de no tener más que un ojo, tiene una hermosa vista, como podrán ustedes apreciar. Ofrece la particularidad de que el agua pasa por debajo, generalmente; pero en los días que llueve pasa también por encima. Actualmente dicen que es el puente más fuerte de París, cosa que no me extraña, porque tiene una barbaridad de hierro dentro, y el hierro ya saben ustedes que hasta en píldoras da fuerza, de manera que en barras no hay ni que pensar en la fortaleza que proporcionará.

La fotografía está tan perfectamente tomada, que, si alguno de ustedes va a París, le respondo de que lo encontrará todo exactamente lo mismo que ahora lo ve... ¡Es decir, mienta! ¡El agua que pasa por el ojo no respondo de que sea la misma, aunque aseguro formalmente que la que pase entonces se le parecerá mucho!...



LA «BOURSE», O LA BOLSA, SI LES PARECE MEJOR

Este edificio, según los bien enterados en cuestiones de arquitectura, es una reproducción del templo de Vespasiano, de Roma. Sea o no sea, que a mí maldito lo que me importa, la casita resulta preciosa; y si echaran de ella a todos los bolsistas resultaría una casa muy honrada. Se darán ustedes cuenta de que el edificio tiene un peristilo de columnas corintias que quita la cabeza, y de que a mano derecha, y muy cerca de las columnas corintias, hay una columna mingitoria que no desmerece casi nada.

Los arquitectos que construyeron este monumento (no el mingitorio, sino el otro) sobre el año 1825, son los Sres. Brongniart y Laharre, los dos fallecidos, por lo que acompañamos a sus respectivas familias en su legítimo dolor.

des: no hice más que pensar, y en vista de que el agua del Sena estaba sucia, de que no tenía dinero para comprar un revólver, y de que si hubiese tenido el revólver lo habría vendido para *trajelarme* un cubierto barato en lugar de hacerme pupa con él, desistí de mi desesperada resolución, y me hice el firme propósito de seguir perteneciendo al mundo de los vivos y de no privar a España de una de sus figuras más interesantes y preclaras.

¡Y aquella noche, en el momento en que en el reloj de *Saint-Sulpice* daban las dos y en el reloj de los Inválidos (que estaba atrasado) daban los tres cuartos, me evadí silenciosamente del *Grand-Hôtel*, sin dar ni un cuarto siquiera!... (Creo que ya he explicado su-

ficientemente que yo estaba mucho más *atrasado* que el reloj que más lo estuviera...)

Según me iba alejando del magnífico hotel, la conciencia me hablaba con más energía, afeándome mi conducta; pero yo no le hacía caso...

— ¡Lo que has hecho, es indigno! (Palabras de mi conciencia.) ¡Hay cosas que se pagan, y ésta la pagarás algún día!...

¡¡Pobre conciencia!!... ¡¡No me conoces!!...

XXIV

Al día siguiente me hallaba yo en San Sebastián, propinando un sablazo de cien pesetas a Sinesio Delgado, que era lo más adinerado que yo pude encontrar en la perla cantábrica.

Sinesio es espléndido como un día que no esté nublado (sin *esio* no me habría yo atrevido a tirarme a fondo sobre él) y me aflojó la *pasta* a las primeras palabras. Tuve, naturalmente, que referirle mis tribulaciones, y hacerle saber que había hecho el viaje desde París a Hendaya debajo de un asiento (tarifa gratuita) y de Hendaya a San Sebastián encima de la carretera (la misma tarifa); pero añadí que si no había un alma caritativa y altruista que me costeara el traslado de mis restos hasta Madrid por ferrocarril, me vería en la dura necesidad de intentar un atraco o de pedirle el dinero a Romanones (a la sazón estaba también en San Sebastián), lo cual era lo mismo que quedarme sin él...

Sinesio se hizo cargo y me dió los veinte duros... Yo a él le di las gracias, ¡y gracias!..., y doce horas después estaba yo en la Redacción de BUEN HUMOR, armándole la bronca padre al director y profiriendo amenazas contra el cajero...

Por fortuna se arregló todo a los tres meses (mucho antes que lo de Marruecos y que el *lock-out* del ramo de la madera), y como he indicado al principio de esta crónica, el pasado domingo me puse nuevamente en camino para París, desde luego en un plan más modesto que la primera vez; pero con promesa formal de que no se volverá a repetir la broma de hacerme realizar un viaje a pie y sin dinero..., pues esa clase de viaje tengo yo pensado efectuarla por mi cuenta y con mis propios medios...

Heme aquí, pues, triunfador y contento en la *ville lumière*, que en estos días otoñales está de *première*, y en disposición de darles a ustedes cuenta de todo lo sobresaliente, notable y bueno que yo siga descubriendo en sus apacibles ámbitos.

Un apretón de manos a cada uno de mis lectores, los apretones que quieran a las lectoras que lo soliciten y un beso a los niños que tengan la cara recién lavada.

¿Hay quien dé más?...

ERNESTO POLO.

París. — Petit Café Blasius. — Octubre.

ORÍGENES DEL BUEN HUMOR

ADÁN, HUMORISTA

Aunque a la mayoría de nuestros escritores festivos les parezca mentira, el humorismo es anterior a las corbatas de D. Melquiades y a los pantalones de La Cierva. En todos los tiempos el buen humor alcanzó cumbres más altas que *Nacional II*, y en los fastos de todos los pueblos se registran temas humorísticos distintos del veraneo en la sierra, las casas de patrona y las tertulias con piano y pastas.

Teniendo el propósito de dar a luz un robusto tomo en el que se compendie la

gracia del mundo, desde el humorismo del primer hombre hasta el del último ultraísta, brindamos a los lectores de sombra las primicias, analizando someramente el buen humor en el Paraíso.

Es indudable que Adán fué quien inauguró la costumbre de reírse de su sombra, acaso por no tener un amigo de quien hacerlo. En el donativo de una costilla falsa para la fundación del bello sexo, creemos ver el más humorístico antecedente de las licorerías y los calceñines de estambre de las tómbolas pro-antituberculosis.

Ya en compañía de Eva, es versión admitida la de que su mujer le engañó con una serpiente (tampoco Eva halló un

amigo de quien echar mano); pero nosotros hemos podido aclarar que Adán, en cuanto a las sierpes, estaba al cabo de la calle, y que sabía que lo de Eva era música. Tanto, que al asegurarle que comiendo de la fruta prohibida sabría más que Dios, él contestó aún más chulamente:

— ¡Que te crees tú eso; pero que no es eso!

Y es que Adán presentía que la infalibilidad estaba reservada a los papas, y que complaciendo a Eva lo más que podrían conseguir ambos era ser papás.

Recordad el histórico encogimiento de hombros con que el primer hombre acogió el mandamiento de desahucio:

el Señor ordenó a Adán: «Saldrás del Paraíso, y te irás al retiro.» Y Adán contestó: «¡Qué más da!»

Después de la expulsión de la pareja amorosa, Adán esculpió la famosa frase, estropeada siglos más tarde en París: «Todo se ha perdido, menos el humor», y lanzó la moda de la *hoja de parra*.

Adán pasó sus desgracias y pasó las de Caín sin que la sonrisa se marchitase en sus labios. En nuestros días nos basta con asistir a una representación de un sainete de costumbres madrileñas para enfermar del hígado, y Adán, ante el verdadero estreno del arte dramático, cuando Caín con un hueso le partió otro a su hermano Abel, sólo exclamó: «¡Qué hijote!», y «¡Qué quijada!»; en cuyas palabras está el origen exotérico del Quijote y del Quijada de la cumbre del humorismo español, con permiso de Villegas, Rivero, Unciti y demás exploradores y aun colonizadores de las páginas cervantinas.

También podemos garantizar a nuestros lectores que Adán fué quien pro-

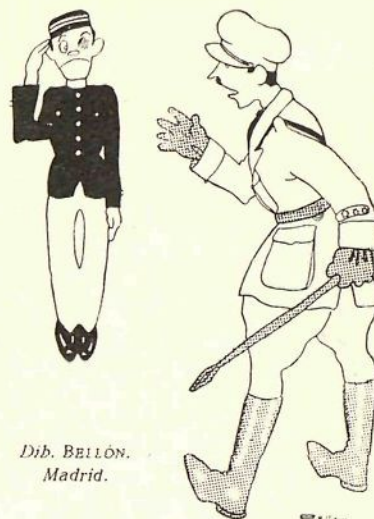
nunció antes de morir otra frase ex temporáneamente, y, sin comprobación, reprisada por otro rey de Francia: «Después de mí, el diluvio»; cosa que en la actualidad piensa *La Veu*.

Por no alargar más nuestra demostración del humorismo de Adán, sólo añadiremos que nuestro ilustre abuelo, al verse en trance de muerte, hizo alardes de buen humor, cosa explicable, puesto que muriéndose esperaba volver al Paraíso.

El último rasgo festivo de Adán fué reunir en torno suyo a Eva y a su distinguida descendencia y comenzar a piar desafortadamente. Ni las ediciones ortodoxas de la *Biblia*, ni los más libres comentaristas profanos, han explicado la significación de esta patética escena. Nosotros la justificamos como punto del deseo de Adán de no largarse sin decir ni pío.

Según la *Vulgata*, al pío añadió Adán el tus y mus. El oste y moste fueron formas desconocidas antes de la torre de Babel.

A. P. CAMARERO



Dib. BELLÓN.
Madrid.

— ¡Eso es para que otra vez tengas en cuenta que soy un superior!

— ¡Sí, mi capitán!... ¡Ya me ha hecho usted ver las estrellas!...

BROMAS DE SALÓN

Por más que Pascual García a la oreja le gritaba, Vicente Gil, que escuchaba, — Soy *teniente* — le decía; y ni a tiros conseguía comprender lo que le hablaba. Y comentando Pascual en un corrillo de gente la sordera de Vicente, exclamaba: — ¡Qué animal! Si a esto se llama un *teniente*, ¿cómo será un *general*?

Aniceto Foronda es un torero que hay que ver lo que inventa y lo que miente. Toreó el domingo, y dice el embustero que si estuvo muy bien en el primero, en el cuarto quedó divinamente. Y, vamos, esta vez el gran Foronda ha hecho una afirmación que yo comparto, por ser una verdad monda y lironda. Donde quedó mejor fué allá en el cuarto. (En el cuarto de baño de la fonda.)

— ¡Menudo acróbata ¡soy! ¡Si vieras qué ágil estoy!... — dijo a un amigo un *fantoche*. No hay quien me iguale hoy por hoy. En cuanto hallemos un coche, ¡ya vas a ver tú esta noche qué salto mortal le doy! Y, en honor de la verdad, por aquella vecindad vieron un camión muy alto; el acróbata dió un salto mortal... de necesidad, y se estrelló en el asfalto con toda felicidad.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Los días que hay crimen sensacional da gusto cortar el pelo a los parroquianos...

PROGRAMAS

EN EL CORAZÓN DEL ÁFRICA Y EN EL CORAZÓN DE UN OFICINISTA

Tengo yo un amigo que emplea la quinina como muchas gentes el opio, la coca o el éter: para soñar.

Trátase de un hombrequito preso en una covachuela; pero apasionado en su alma por las grandes exploraciones geográficas.

Devora los relatos de los viajeros célebres, y adquirió una silla larga de bejuco, un salacot y una flámula que un ventilador eléctrico mueve evocadoramente. Por último, guarda en un botiquín de campaña las características tabletas amarillas.

De cuando en cuando elige una o dos y las traga, ayudándose con un sorbo de ron.

Y recostado en su lecho, digno de la *verandala* de un pabellón colonial, cubierto con su casco, y bajo el aleteo marítimo de la banderola, cree el infeliz que se encuentra en una de tantas tierras de negros y cocodrilos, plátanos y caucho, y de las fiebres legendarias...

Imaginos su emoción al enterarse de que en el Real Cinema iban a pasar una película del África salvaje...

No faltó ninguna velada, y la postre, calurosa y húmeda en la sala, como el trópico, y fría en la calle, acataró al ilusionado descubridor. Y miren por dónde sus fantasías se trocaron en realidad. Tomaba en la oficina las pastillas de quinina, ¡y exclamaba ante sus compañeros:

— En Uganda pesqué este resfriado... Ya se curará, si quiere...

El recuerdo del extraño y remoto país, y el alarde de despreocupación, propio de quien se halla familiarizado con las fieras, se desvanecían con el humo de la pipa, la cachimba inevitable en labios de todos los errantes, lo mismo los del espíritu que los que en efecto no descansan sus piernas.

Dije: «familiarizado con las fieras». Quizás haya error en mis palabras. Porque a lo largo de nuestros estudios, sólo aprendemos a desorientarnos lamentablemente.

Sirva de ejemplo el león. El burócrata conocía al rey de la selva por los libros, la pintura, la estatuaría, la heráldica, el circo y el Parque municipal. Serie completa como una escala de leones casi disecados. Y ahora, en el *film*, se le revelaban otros, sin color, sin tufo y sin estruendo; espectrales, como si perteneciesen a la Luna. Caso de toparse con uno de verdad, ¿no le parecería el auténtico una falsificación?

En esto asomaron en la pantalla unas yuntas de bueyes. Única escena tranquilizadora entre los hipopótamos, los rinocerontes y los chacales, y en el parpadeo negro, sepia o azulenco de unos paisajes inhospitalarios y la fantasmal humanidad de ébano. Los venerables rumiantes tiraban de unas carretas. Era de esperar en el público una manifestación de simpatía y gratitud hacia el animal que hasta allí mismo se somete a nosotros. Por el contrario, poco menos que enojó la presencia suya.

Acaso en el ambiente libre, la imagen bovina traía a cada uno de los espectadores la memoria de sus jugos respec-

tivos: el Ministerio, el hogar, el cotidiano... Resulta, a la postre, que el corazón burgués es un águila encerrada en la jaula de las costillas...

Próximo el final de la cinta, comenzó el desfile de las familias que temían llegar tarde a la cena. En el telón blanco se recortaban las siluetas chinescas.

Y pudo observarse cómo la fauna de los bosques reside en las ciudades. Esa sombra de un papá se confundiría con un búfalo; la niña, con una gacela; su séquito de pollos *bien*, con una manada de antílopes. Y la mamá, con sus plumas en la cacerola del gorro, semejava a cualquiera de las diez mujeres del cabeçilla de una tribu.

El oficinista se convenció de su demencia; pero recobraba con retraso la razón.

Ya le zarandeaban unos estornudos. Y hubo de seguir con la quinina para curarse el constipado, no se sabe si de la ignorada Uganda o del Madrid conocido.

JAVA EN LA CALLE DE MALASAÑA

Salía la bailarina envuelta desde los hombros a los pies en una tela oriental. Sus ojos oblicuos, que no aletean en su cara amarilla, y su abultada boca parlante, aunque inmóvil, acababan de evocar las momias legendarias. Como una que resucitase, con una misteriosa voz, decía de ídolos, faquires, de los ritos oceánicos. Y hecho ya el conjuro, desaparecía como llegó, repentina, silenciosamente, con un relampagueo de su manto tejido con mariposas.

✂ ✂ ✂

Y el buen público de la *Argentinita*, que cambió su duro en piezas de dos céntimos, como la juglaresa su onza en realitos de plata, no comprendía nada.

✂ ✂ ✂

Takka-Takka y Yoga Taro: chinos en su quietud, indios en la danza. Pálido el malayo diminuto, con los músculos como unas correas trenzadas. Rostro visionario bajo la greña loca. Actitudes de mago, arquero, esclavo, sacerdote. Y ella, con la piel morena y lustrosa de aceite de coco. Carnes de marfil antiguo en los dos, extraños perfiles chatos y ávidos a la par, manos como jazmines. En torno a las contorsiones que la mujercita copia de las serpientes, los saltos de tigre del funámbulo. Cada movimiento inicia en un secreto de mil años, filosófico o de amor, al arrullo de una cadencia como la que fluye de la flauta de los encantadores.

✂ ✂ ✂

Y el buen público de Consuelo Hidalgo, la jamona que juega a la comba, no comprendía nada.

✂ ✂ ✂



Dib. CASTANY. — Barcelona.

— ¿Yo?... Yo no he sabido nunca a qué nación pertenecía; porque ¡como mi padre era intérprete!...

En el escenario negro, los ídolos de dorada cabeza de dragón, el gong con su cobre como un astro moribundo, el pandero templado al calor del fuego de las brujerías. Sea la primera el espejismo de la lejanía javanesa, con sus volcanes desmelenados en resplandores y humaredas, nunca dormidos; con su selva tropical, donde embriaga el aroma de las especias; con sus montañas que al reflejarse en el mar semejan sumergidos tesoros de piedras preciosas; con sus remotos príncipes que languidecían en lo alto de los elefantes policromados; con su Luna como el Sol, y el Sol de anaranjada bermejez; con sus peces de estampa japonizante; con sus flores que inspiran al decorador según el arte que llaman batic...



Y el buen público, al que los gaceteros de contaduría abandonaron, a cambio de informarle minuciosamente de las intimidades de las estrellas, no comprendía nada.



Por fin se substituyó el orientalismo auténtico por el de la cortina del teatro, pintoresco traslado de Coromandel al satén, y así se desvanecía la pesadila de los más y el inefable sueño de los menos.

SALÓN

Estaba usted, amiga mía, un poco triste, contemplando su jardín con las llamaradas de sus frondas otoñales, que en vano intentaba apagar la lluvia.

Mediaba la tarde, y una melancólica indolencia retenía a la dama en la vidriera, todavía con su quimono mañanero de crespón gris con unos ibis bordados a realce en seda negra y plata.

Sentía pereza ante el habitual horizonte de las frivolidades alrededor de una taza de té, porque se ilusionaba con las maravillosas perspectivas de lo desconocido...

Consíentame, señora, que le dedique la nostalgia de los dos exotismos de mis glosas de hoy, que he preferido no recoger en su actualidad de espectáculos, para que ya fuesen del todo un imposible.

Con esto creo aumentar la distancia de lo que en ella precisamente tiene su encanto, como nuestra deliciosa Magda excusa la *h* que le cuelga a error, diciéndole que añade concepto.

¿Se acuerda de la visita que nos hizo el Shah de Persia? Por aquellos días, como si los dioses protestaran contra el sombrero hongo de un príncipe asiático, en unos teatros madrileños acamparon las caravanas y los enigmáticos bailarines, verdadero cortejo frente al protocolario de ministros y policías del sucesor de Tamerlán.

... Pero distraigo a usted de oír llover.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.



Dib. K-HITO. — Madrid.

— ¡Tiene razón mi pobre Elenal... En cuanto me manda a buscar algo, parece que el mundo se me viene encima.

TERCER SALÓN DE OTOÑO

FUNDADO POR LA ASOCIACIÓN DE PINTORES Y ESCULTORES

ASILO DE CUADROS Y ESCULTURAS

Para José Francés.

Salón: confort, penumbras solicitadas, ecos; relicario de tradiciones señoriales; estufa de las sensibilidades delicadas.

Otoño: presentimientos y aristocracia; intensidad que se desvanece en crepúsculos y perfumes.

Salón de otoño: el grito revolucionario del arte en Europa; delirante aquelarre de las almas visionarias; suprema protesta contra el chaqué condecorado.

Pero en nuestro Retiro, opacos y húmedos almacenes de antiguallas.

Y afuera, el parque, con sus oros y sus rojos, con sus nostálgicos espejos de agua encantada, con su azul más allá del cielo; magnífico salón, magnífico otoño. También salón de otoño, con sus enamorados y sus melancólicos, que substituyen a los burgueses digestivos del resto del año.

Las hojas secas se arremolinan y quisieran penetrar en el palacete; zarpas vindicatorias, encendida legión de fascistas que amenazan a los usurpadores del nombre de artista.

COLOR

Caricaturas de Fresno y Robledano.

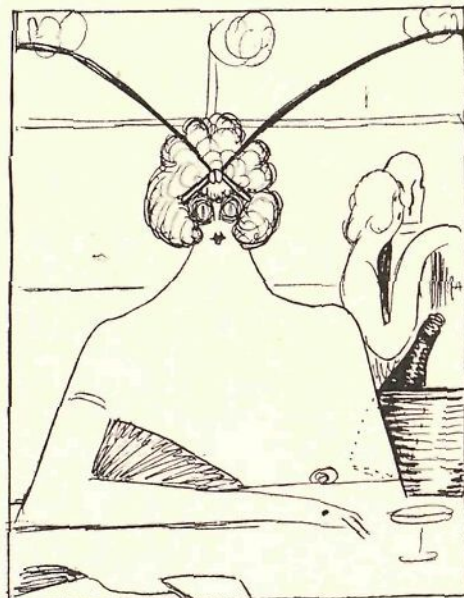


Número 176. — GULA, por Osmundo Martínez. — *En el corazón del África salvaje, película de serie, quinto episodio.*



Número 517. — RETRATO, por Miguel Rufo. — *Un sobrino bastante lejano de Donatello... guardado en alcohol.*

Número 230. — LA SEÑORITA: «CABARET», por Adolfo Pelayo. — *«Se creen que me van a timar; pero se llevan chasco. ¡Yo no pago más que media botella!...»*



Número 113, RETRATO, y número 112, EN EL ESCENARIO, por Pedro García Camio.

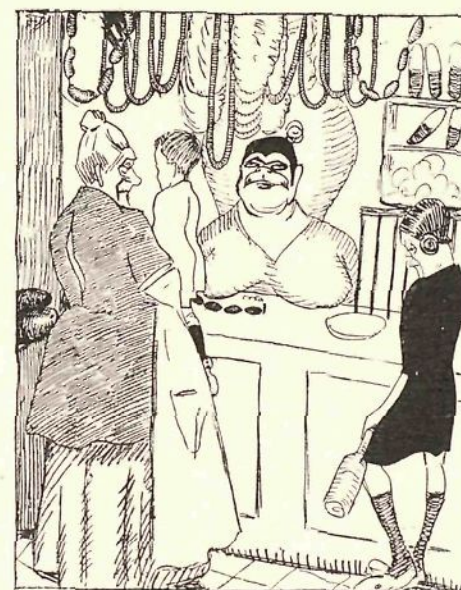
— ¡Yo soy la chata primera!... ¡Yo la segunda!... ¡Yo la tercera!...



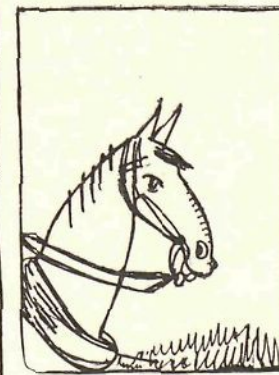
Número 116. — NIÑA ASTURIANA, por José García Lafuente.



Número 272. — EN ESPERA, por Rafael Segura.



Número 284. — RETRATO, por Enrique Sierra de Silva. Caballitos... y ruletas.



Núm. 271. — CABALLO ÁRABE, por Rafael Segura.



Número 107. — DOS AMIGOS, por José Fernández Prestel. — *«¿Dice usted dos amigos? A nosotros nos parecería mejor dicho «Los dos amigos y el oso».*



Número 44. — CAMINO DE LA FUENTE, por Eulogio Blasco. — *«¡Pues sí que ha sido una idea poner aquí este marco pa que no pase el cántaro.»*

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN RUEGO ATENDIBLE

Hemos leído con verdadera satisfacción, por la modestia y la sinceridad que revela, una carta que varios músicos que concurrieron al Concurso de partituras de la Sociedad de Autores dirigen al señor presidente de ésta.

Solicitan que los frutos de su inspiración no sean juzgados por profesores competentes, como los del Conservatorio de Madrid.

— Son muy malas — vienen a decir — las cosas que hemos enviado al Concurso. Unos músicos de verdad, como los que componen el claustro del Conservatorio, encontrarán deleznable las obras que escribimos. Nos van a *mondar*.

Los concursantes acuden hasta a los razonamientos sentimentales para que la Sociedad de Autores oiga su angustioso ruego.

— Somos jóvenes — exclaman —, y nuestra música necesariamente ha de ser *fácil* y hasta imperfecta...

Nosotros queremos unir nuestro rue-

go al de esos músicos incipientes. Nos ha conmovido su triste carta, llena de sinceridad. Pedimos que se les complazca en lo que solicitan, que los porteros de la Sociedad de Autores fallen en el Concurso, que se les concedan los premios, y hasta se los paguen. La única condición que hay que ponerles es la de que las obras no se estrenarán nunca.

¿Para qué vamos a molestarnos en oírlos, si ya sabemos, por boca de sus propios autores, que las partituras son francamente malas?

Sinceridad por sinceridad.

LOS ÉXITOS DEL SR. SILVA

Cuando escribimos las presentes líneas están a punto de inaugurarse las temporadas de Lara, Eslava y el Español.

Unas pocas horas más y podríamos dar a nuestros lectores cuenta detallada de las respectivas novedades, o sean los estrenos de *Grano de mostaza*, de Serano Anguita y Tellaheche; de *El con-*

flicto de Mercedes, de Muñoz Seca, y del sainete en un acto, de los señores Paso y Silva Aramburu, con que inaugura Ricardo Calvo el teatro municipal.

Pero estas cuartillas han de encontrarse ineludiblemente en la imprenta de BUEN HUMOR antes de la fecha señalada para los anteriores acontecimientos.

Resignémonos, pues, y aplacemos hasta la semana que viene el alabar como merecerán, sin duda, las obras que hemos citado.

Eso no obstante, señalemos con elogio el acto de desinterés que supone en el Sr. Silva Aramburu dar un sainete al Español para que lo estrenen el día del *début*.

Ustedes saben que el Sr. Silva Aramburu es poeta y concejal.

Como poeta, obtuvo el primer premio en los Juegos Florales organizados por el Municipio madrileño hace dos o tres años con motivo de la Fiesta de la Raza.

Como concejal, su actuación ha merecido también éxitos ruidosos...

Y ahora, como concejal poeta, consigue el de estrenar en el Español el día de la inauguración de la temporada.

Nosotros sabemos que el Sr. Silva renunciará a todos los derechos de representación que puedan corresponderle. Por lo visto, no quiere que nadie piense, dada su escasa altura literaria, que se aprovecha del cargo que ostenta para estrenar una obra en el teatro del Ayuntamiento.

Se lo echarían en cara los concejales, como ya hicieron con otras cosas tan sin importancia como ésta.

¡Parece que le tienen manía!...

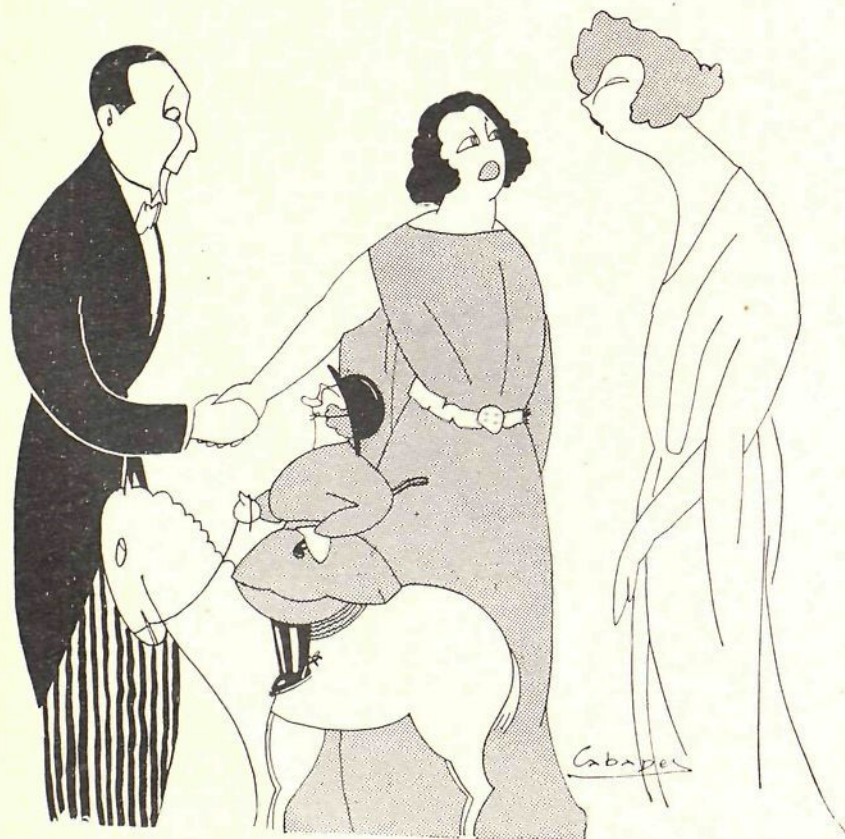
¿QUÉ HACEMOS CON EL DIFUNTO?

Después de los piropos que la crítica ha dedicado al insigne García Alvarez, nosotros apenas si encontramos adjetivos para dedicar a *Larrea y Lamata*, o *¿qué hacemos con el difunto?*, comedia llena de *espiritualidad* y *delicadeza* que el mentado García Alvarez nos ofreció noches pasadas en el teatro Cómico.

Maloliente, irrespetuosa, grosera, sin gracia; todo esto, y mucho más que esto, dicen los críticos que es la novísima producción de García Alvarez. O lo que es lo mismo: que quien no *l'arrea, la mata*. Y una vez muerta, nosotros nos preguntamos con el autor: ¿qué hacemos con el difunto?

Lo más lógico, a nuestro juicio modestísimo, sería darle piadosa sepultura, y luego entregarlo al olvido, no sin antes perdonar sus muchas culpas, y las del autor, y hasta las de los artistas que la representan.

José L. MAYRAL.



Dib. CABANES.

Señoritas Montosa, Lajos y Moneró y Sr. Navarro, del Infanta Isabel, en El paraíso cerrado.

PEQUEÑAS EUTRAPELIAS
¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Un bailarín francés, el señor Piau, acaba de matar dos pájaros de un tiro, es decir, acaba de inventar dos cosas de un golpe: una nueva danza, y una palabra nueva, denominadora de la danza.

Además de coreógrafo, monsieur Piau es un lingüista.

Il est un chorégraphe fourré d'un linguiste — dice el cronista transpirenaico del que tomamos estos datos, porque nosotros no tenemos el honor de conocer a Piau ni por el *fourré*.

Como coreógrafo, el susodicho Piau ha obtenido el premio por su invención en el Congreso internacional de los profesores de baile recientemente celebrado en París. Como lingüista, es de suponer que la Academia de su país no le olvide en el *Diccionario*.

La nueva danza se titula *Le houli*, lo cual parece ser la masculinización de *La houle*, o sea, en castellano, *El oleaje*. ¡Ole! O si se quiere, ¡ola!

El oleaje es, naturalmente, un baile de mucho movimiento, de avance y retroceso, de flujo y reflujo, y tengo para mí que va a eclipsar a todos los modernos tan en boga, desde el *zorra-trot*, hasta el *oso-trot*, pues sobre que para boga nada como el oleaje, *El oleaje* echará espuma. De ahí que será lo que se llama la espuma de la danza.

Su ritmo, en conjunto, está tomado «del balanceo mecedor del mar»; pero en detalle, costa de diversas variantes, que no alteran su esencia eminentemente marítima.

La primera de sus figuras consiste en el *houli* propiamente dicho, que es el suave vaivén, el acompasado cabeceo, por el que, mucho antes de que se le ocurriera al tal Piau, ya suspiraba el bajo de *Marina*:

«Dichoso aquel que tiene
su casa a flote,
y el propio mar le mece
su camarote.»

Vienen después el rizo, el círculo y las puntas, y luego la indecisión que precede a la ondina, que es cuando calculo yo los bailarines se deciden a sumergirse en el inmenso piélago para ondinear.

Una vez la pareja con el agua al cuello, todo lo que hay que danzar después no puede ser más lógico.

Y aquí sigue la figura indicada con «el paso de la barca», y a fuerza de meter los remos — nunca como ahora pudo decirse con mayor propiedad —, la pareja se salva.

Por fin llegan a la hospitalaria playa, y saltan a tierra, y con «el paso marino» hacen el paso final [de la danza de *El oleaje*.

Esta danza, pues, es una danza de ideas, y una danza de tesis, que se demuestra por la vía húmeda. Deben de acabar los ejecutantes hechos una sopa.

Queda, sin embargo, incompleta. Me permito proponer a Piau, aunque me conteste que ¡miau!, una ampliación de *El oleaje* con tres figuras más.

Primera figura: *El mareo*; accidente muy a propósito, por su propia naturaleza, para combinar las piruetas de mayor fantasía, y, a la par, los pormenores de mayor realidad.

Se le pudiera también titular a este paso «el cambio de la peseta».

Segunda figura: *La tempestad*. Las olas y los vientos se encrespan; se desatan truenos y rayos, y, para remate, música de *jazz-band*.

Momento de baile trágico.

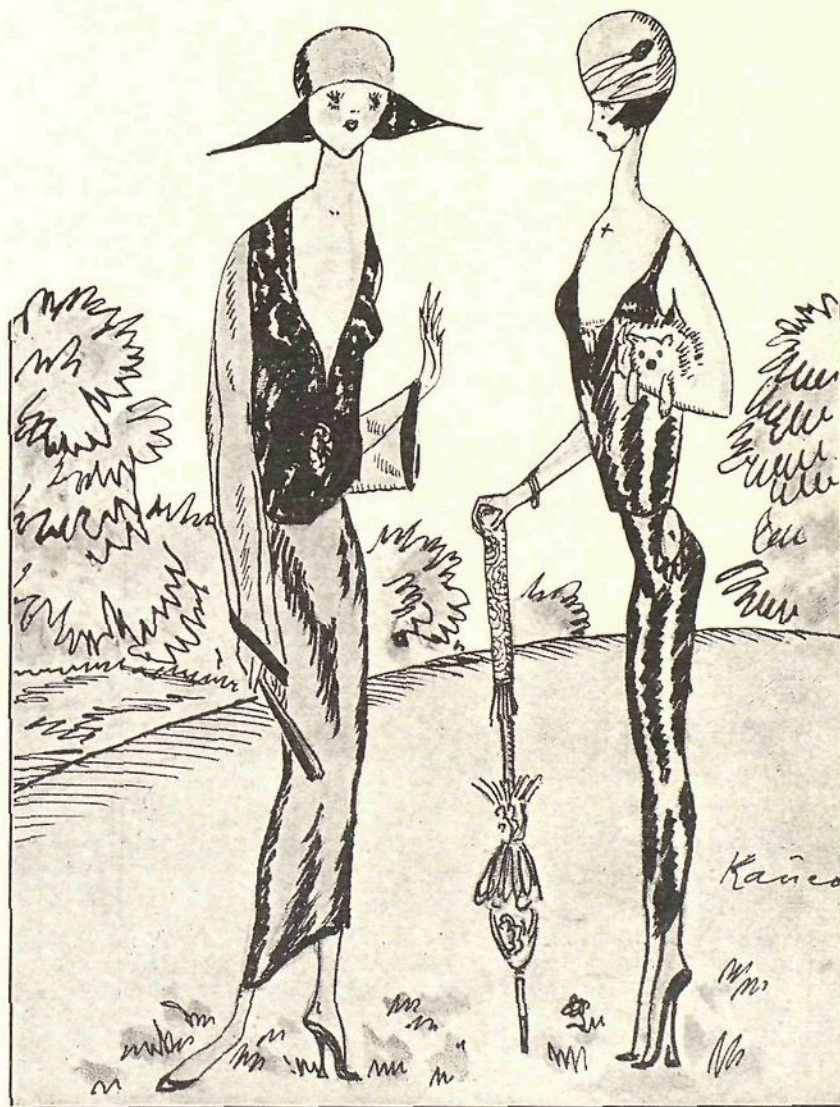
Figura tercera y última: *El naufragio*. Y si se quiere el desenlace optimista, la tabla salvadora y el *ritornello* mecedor con el *Vals de las olas*:

«O-o-o las queal lle gaaaar...»

Así, la nueva danza, que por ser francesa — como dice el aludido cronista — es elegante, graciosa y original, sería, además, lo que, sobre todo y ante todo, pide su título:

La mar de *salá*.

JOSÉ DE LASERNA.



Dib. KANEO. — Madrid.

— ¿Cómo no ha venido tu hermana? ¿Está mala?
— No, hija... Es que desde que se llevan otra vez las faldas largas, no nos podemos hacer más que una para las dos.

TITIRIMUNDILLO

Chirigotas a propósito del Tenorio:
¿En qué momento de la representación puede incluirse el anuncio de un purgante?

En el quinto acto, cuando aquello de

«... obra bien, y a tu lado me tendrás.»

Para obrar bien, ¡el purgante!

Otra:

Una equivocación de don Juan.
Cuando en el cuarto acto le dice Mejía:

«— Es tan vil como el ladrón
que mata y roba.»

«— ¡Esto más!»

Ésa es la equivocación de Tenorio,
que dice: «¡Es Tomás!»; y no es Tomás,
es don Luis.

Otra, y no va más.

Como es sabido, el papel de la obra
que mejor se representa en todos los
teatros es el de comendador.

Esto lo reconoce el propio Tenorio
cuando, dirigiéndose al escultor, le
dice:

«— ¡Hola! Aquí el comendador
se representa muy bien.»

«Carelia en estado de sitio.»

Nos había usted asustado al decir
que estaba en estado.

Creíamos que se trataba de otra
cosa.



IDILIO

Dib. BELLÓN. — Madrid.

— Si el bestia de tu padre se opusiera a nuestros amores..., ¡sería para mí un terrible golpe!...

«El imperio de la literatura.»
Si es Imperio, no es la literatura. Es la Pastora.

— En el teatro de Fuencarral se trabaja con gran empeño.

— ¿Qué han puesto últimamente?

— Los diamantes de la corona.

— ¿Los diamantes? Entonces, si que se ve el empeño.

Entre cómicos.

— ¡Caray, Regúlez! ¿De dónde vienes con la cabeza toda entrapajada?

— De una tournée por provincias. Chico, ¡qué Tierra baja!, ¡qué Cardenal!

— No; si lo del cardenal ya lo veo. ¡Llevas ahí todas las representaciones!

«La flauta la inventó el dios Pan.»

Entonces, ¿por qué se llama flauta? Porque, siendo cosa de Pan, no vemos la tostada.

Aun se lee en los periódicos el regreso de algunos veraneantes.

¿Saben ustedes quiénes son éstos? Los que han tenido que venir a pie por la carretera y empujando el baúl. Y es que una cosa es ir con fondos, y otra salir de las fondas.

«No saquemos las cosas de quicio.»
¡Hombre, claro!... Ni las cosas ni las puertas.

PALIQUE DE ACTUALIDAD

EL PALACIO DEL HIELO

— Imposible hablar de otra cosa. Es el acontecimiento de la semana; ¿qué digo de la semana?, del mes, y aun mejor del año.

— Sé a qué te refieres; pero no creía que en martes...

— Es mañana, lunes; pero aunque fuese martes, ¿qué importaría? Para Marquet no existen los trece ni los martes. Sus geniales concepciones triunfan siempre, porque siempre son de grandeza y de gusto depurados. Además, el 30 fué el día señalado por el Rey para la inauguración.

— Verdaderamente, es genial eso de hacer en Madrid un Palacio del Hielo, aquí, donde muy cerca, en otro palacio, si convirtieran en piscina el hemiciclo, rápidamente se helaba el agua, al contacto de tanto fresco.

— Y lo maestros que son en patinar sin patines, sobre todo desde el banco azul.

— Será cosa de no perder una sesión.

— ¿Del Congreso?

— No; de patines en la grandiosa pista del Palacio del Hielo.

— Una cosa me preocupa.

— Lo supongo. La *toilette* para los tés en tan espléndido local.

— Sí; porque las reuniones resultarán altamente ceremoniosas.

— Claro; porque será difícil romper el hielo de la pista.

— Y el flirteo, de una gran discreción.

— Por lo resbaladizo del pavimento.

— En fin, que estoy dispuesta a lanzarme a bailar, aun cuando sea con patines y gorrito de astrakán.

— Claro es que de estos palacios del hielo ha debido de salir la moda de los trajes de los grandes descotes y las pieles.

— Así se compagina la agradable calefacción del salón con el frío de la helada pista.

— ¡Admirable, admirable! Este Marquet es de lo más europeo que existe.

— Mañana nos veremos en el Palacio del Hielo. Ya tengo la invitación.

— Yo, no. Pero la buscaré, y ya sabes que en lo que me propongo...

VICTORIA SEGURA.



»No bien había terminado estas operaciones, cuando aparecieron nuevamente los salvajes. Se acercaron a mí con grandes muestras de respeto, y colocándose en el centro de las dos filas que formaron, me condujeron al palacio real.

»Pronto comprendí que yo aparecía ante ellos con un carácter casi sagrado. Lo comprometido era el no poder hablar una sola palabra en su idioma. Los primeros días, a sus muchas preguntas respondía gesticulando; pero como esta situación no podía continuar, procuré aprender las palabras necesarias, y un día en que el pueblo estaba reunido en solemne fiesta, encarándome con todos exclamé: «¡Soy mudo!» Y desde entonces pude vivir tranquilo. Lo que cuidé, sobre todo, fué que no notaran mi acento madrileño, pues esta gente tiene mucha rabia a los de aquella tierra, desde que un vivo de allí les pagó con un par de castañuelas y una botella de Valdepeñas dos arrobas de platino.

»Cuando te vi llegar me propuse velar por ti, y así lo he hecho hasta ahora; pero tengo que darte una mala noticia: me han nombrado embajador cerca del emperador de las islas Quisquillas, y parto mañana. No creo que te suceda nada malo, pues esta gente se está volviendo vegetariana. De todos modos, vive alerta, y no tengas confidencias con nadie. Solamente puedes depositar tu confianza en la bella Chirimoya, que me consta siente por ti una verdadera debilidad.

»Y ahora, muchacho, debemos despedirnos. Ya sabes que has tomado posesión de tu casa, y que puedes usar con absoluta confianza la guitarra, la cafetera o las zapatillas.»

La despedida fué más tierna y dulce que la mantequilla de Soria en verano.



BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

Han pasado dos meses desde la partida del canónigo Karakull (*né Pelanas*) y cerca de diez años del arribo a la isla de nuestro protagonista. Este ha podido apreciar la dulzura del trato de la bella Chirimoya, delicado retoño de aquella tierra.

En el momento en que reanudamos nuestra relación se preparan brillantes festejos para celebrar el triunfo de las armas whiskeyanas sobre sus odiados vecinos los pelagatos.

Ludovico ayuda a Chirimoya en la preparación de un espectáculo nuevo, con el que se trata de sorprender agradablemente al rey. Llegó el día de la fiesta y el número del programa (que no está en el programa) a cargo de la bella Chirimoya.

Aparece ésta en un pequeño escenario y empieza a cantar el cuplé *El plátano verde*, que es escuchado entre fuertes rumores. Hay que reconocer que abundaron los gallos. Sigue, no obstante, con *El tarrabos de fiesta*, y cuando empezaba los primeros compases de un tango tibetano, el público, en pie, grita, ruge, arroja cocos (que infunden miedo a la pobre artista) y clama por la prisión de la Chirimoya.

El rey — que ha recibido una delación de la ayuda prestada por Ludovico — decreta la muerte de la joven por el crimen de lesa arte de haber querido ser cupletista y por haber tenido trato con otro hombre. Respecto a Ludovico, ordena que, después de la ejecución de la bella Chirimoya, le corten los dedos, la nariz más tarde, y, por último, el cuello.

El día de la ejecución el cielo amaneció nublado y Ludovico sombrío. Siente, más que lo que le espera, la muerte de su amiga, único consuelo que después de la partida del *Pelanas* le queda en la isla.

Cerca, muy cerca de la playa la joven debe ser ejecutada. ¿Procedimiento? La horca. Si ha delinquido por la garganta, que por la garganta muera. El árbol que será el instrumento inconsciente del crimen tiene una particularidad extraordinaria. Dos de sus raíces salen en direcciones contrarias a nivel del suelo. A una misma distancia del punto de partida suben perpendicularmente, para unirse en lo alto. Aquella raíz es una raíz cuadrada.

El pueblo entero va a presenciar la ejecución. Ya está todo preparado.

Ludovico se duele de su impotencia para salvar a la joven. De pronto tiene una idea. La horca está muy próxima a la orilla del mar. Se esconde detrás de unas peñas, y con una fuerte cuerda, hecha con fibras de caraguayguay, enlaza la raíz donde se ha instalado el suplicio. Tira con

toda su fuerza. ¡¡Todo en vano!! No puede extraer aquella raíz. ¡Si al menos fuese dentista o matemático! Está metido en el mar hasta las rodillas. Siente algo viscoso que roza sus piernas. Mira, y se queda congelado. ¡Un pulpo!! ¡Ah! ¡Su muerte, una muerte horrible, coincidirá con la de Chirimoya! Y, sin embargo, de repente rie triunfador. Ha tenido una idea que puede salvarles. Cerca de él está el collar de perro mastín que conservó del perdido buque. Veloz, lo ata en torno de su pierna, y con ademán sublime y desesperado la ofrece al monstruo, que la acepta complacido. El tentáculo va ciñéndose cada vez más en torno del collar. Esto precisamente es lo que desea Ludovico. Cuando siente que el pulpo redobla sus esfuerzos para arrastrarlo a los oscuros dominios de Neptuno, él tira con un supremo esfuerzo de la cuerda. Su empuje y el del repugnante animal están a punto de completar la obra. Gime la horca, se balancea suavemente primero, violentamente después, y al fin cae con estrépito al mar. Ludovico recoge entre sus brazos el inanimado cuerpo de la joven. El niño no olvida que aun queda otro terrible peligro: el de desprenderse del pulpo, que, enfurecido al clavarse los agudos pinchos del collar, redobla sus sacudidas. Pero éstas de pronto se hacen más débiles. ¿Cómo explicarse este cambio? Nada más fácil. Al caer la raíz que sostenía la horca golpeó fuertemente en la cabeza del animal, y o le mató, o le produjo conmoción cerebral por lo menos.

Del mar nada hay que temer. Pero ¿qué harán ahora los salvajes? Ludovico tiene alguna confianza en su suerte y en la influencia que sobre aquéllos tiene todo lo que se presenta con carácter extraordinario.

En efecto: el rey, con bondadoso continente, se adelanta.

— Sois libres — les dice —; pero no podréis en lo sucesivo vivir cerca de nosotros. Tomad — añadió. Y acompañando la acción a la palabra, les dió unos aguacates, una patada en el sitio más carnoso y un hueso de mamut —. Y ahora — agregó volviéndoles la espalda —, a hacer piruetas.



La pareja vive vagando tristemente por los espesos bosques, por las claras llanuras, por las altas montañas, lejos siempre del trato con los hombres.

Ludovico tiene un plan, que es lo único que puede tener. Piensa encender frecuen-



temente grandes hogueras en los picos más elevados para atraer así la atención de los buques que pasan a considerable distancia de la isla.

Un día logra prender fuego a una considerable cantidad de alcornocales. Las llamas suben a gran altura. A tan alta, que parecen alcanzar a un extraño pájaro que vuela sobre la isla. Buscando tal vez la causa de aquella descomunal fogata, empieza a descender. Ludovico y Chirimoya oyen un enorme zumbido sobre sus cabezas. Miran. Chirimoya se queda perpleja y Ludovico estupefacto. Sobre ellos vuela un pájaro colosal de percalina, de metal y de muelles como los somieres. Está a veinte metros. El niño, no teniendo otra cosa que agitar, agita el faldón de la camisa. El pájaro comprende. Arroja algo como un ancla. Ludovico sujeta a Chirimoya por el taparrabos, se sientan en el extraño artefacto, y pronto se ven transportados a gran altura.

Los abandonáramos ya que parece que van seguros en el aeroplano salvador, si otra desdicha más no tuviese lugar antes de abandonar aquellos lugares.

Faltaba poco para salir del perímetro de la isla, cuando Chirimoya, por no haberse desayunado aquella mañana o por la falta de costumbre, sufrió un desvanecimiento, e inconscientemente, al tiempo de desmayarse rasgó el taparrabos, y describiendo eses y zetas en el espacio, dió con su cuerpo sobre el blando y mullido césped, que la cubrió como una mortaja de esmeralda...

Ludovico tiró de la cuerda y el aviador planeó sobre el sitio en que yacía el cadáver...

El niño miraba tristemente los despojos de aquel cuerpo bello; contemplaba a su

dulce compañera de dichas e infortunios, y unas lágrimas, última plegaria que recibiría Chirimoya, atravesaron el azul y cayeron en el verde...

¡Oh Chirimoya, que pensaste un día en eclipsar a la *Chelito* y demás canzonetistas que en el mundo han sido!...

¡Pobre Chirimoya, que, pretendiendo haber llegado a ser la favorita del rey, y desvanecerte de amor, de ilusión y de orgullo entre sus brazos, terminaste en una tortilla!...

CAPÍTULO III

En el tejado del rascacielos. — Con el rey de la cartulina. — Ladrón sin saberlo. — Persecución. Salvado.

¿Cuánto tiempo en el aire? Ludovico no podría haber contestado. Remolcado de aquella extraña manera había perdido toda noción de tiempo y de distancia.

Iba adormilado, insensible, por tanto, a todo.

Se sintió elevado bruscamente. Abrió los ojos y miró hacia abajo. Dejaban atrás una figura, una estatua enorme que sostenía algo en una mano. El joven se estremeció. La Libertad, iluminando al mundo, que decora la entrada de Nueva York, había estado a punto de partirle en dos.

El aparato y su apéndice, Ludovico, se deslizaban suavemente sobre la gran ciudad. Iban muy bajos. El joven contemplaba a vista de aeroplano las suntuosas avenidas, las calles rectas, las cuidadas plazas, los elevados edificios. Sintió imperiosos deseos de pisar en firme, y para llamar la atención del piloto, tiró de la cuerda.

Como contestación, cayó junto a su mano un tubo acústico.

— Quisiera tomar tierra — dijo Ludovico, haciendo uso del aparato.

— ¡Tome lo que quiera!... — respondió el piloto —. Le descargaré donde pueda, porque estoy de prisa y no me es posible aterrizar.

El aparato se detuvo sobre uno de los rascacielos neoyorquinos, uno de los más colosales: cuarenta y tres pisos, sin contar el sótano, las buhardillas y la azotea.

— ¡Suelte las amarras! — le gritó el aviador.

Ludovico obedeció, no sin antes tributar frases de despedida y agradecimiento a su salvador, que siguió su viaje.

El joven se sintió feliz en el primer momento. Pisaba en tierra firme. La alegría, sin embargo, duró poco: el suelo era firme, pero resbaladizo. La situación era peligrosa. Avanzó con todo género de precauciones. Una claraboya se interponía en su camino. Trató de dar un rodeo para evitarla; pero una vacilación le hizo perder el equilibrio y cayó sobre los cristales que, al romperse y dejar paso a su cuerpo, hicieron gran estrépito.

Otro casi igual se sintió al cabo de un rato, cuando los pedazos llegaron al portal después de cuarenta y tres pisos con azotea y buhardilla.

Los porteros de los diferentes pisos, la enorme cantidad de personas que subían y bajaban en aquel momento, levantaron la cabeza, y se oyó una exclamación de terror. Sobre el hueco de la escalera, sujeto al parecer por un pequeño apoyo, estaba un hombre.

Era Ludovico, que, al quebrarse el frágil piso donde tomó apoyo, había quedado sujeto por un ojal del chaleco a un pequeño saliente del soporte metálico de la claraboya.

¡Se hacía necesario salvarle!... Avisaron a los bomberos, y con la escala de éstos, con la de salvamento de la casa y con la de Jacob — un vecino judío y joyero que prestó la suya —, se vió al fin Ludovico libre del peligro y entre los cuidados y atenciones de un grupo de gentes. Estos le observaban ahora con asombro, con estupefacción. «¿De dónde salía aquel hombre — se preguntaban sin duda —, con aquella extraña indumentaria?» Llevaba tres plumas en la cabeza, sujetas por unas fibras vegetales, un chaleco, una camiseta con tatuajes, calzoncillos, y un taparrabos sobre ellos; los pies envueltos en grandes hojas de árbol, y pendiente de la cintura por medio de unas cuerdas, un cráneo con una sustancia negruzca dentro...

— Es un peliculero — dijo un poco despectivamente un empleado.

— Es cierto — agregaron varios, y empezaron a desfilas.

— Entonces — afirmó otro —, la Compañía pagará...

— Pero es el caso — interrumpió el portero mayor — que no hay operador, ni director de escena, ni otros artistas por parte alguna...

(Se continuará.)



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Qué magnífica puesta!...

— ¡No me habléis de puestas, que ayer perdí una de siete cincuenta a negro!

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

CARLIN



CARLIN, dentro del humorismo italiano, tiene una significación limitada en cuanto al valor estético; pero dilatada y amplia en lo que se refiere a su popularidad.

Como dibujante no puede estar en el mismo plano de un Sachetti o de un Martini. Ni siquiera en el de un Mateldi, o un Golia, o un Rata Langa, habituales compañeros suyos en las revistas satíricas. Pero desde luego alcanza un nivel superior a Scarpelli, a Musini, a Quaglino, que también alternan sus firmas con la de Carlin en *Numero* y *Pasquino*.

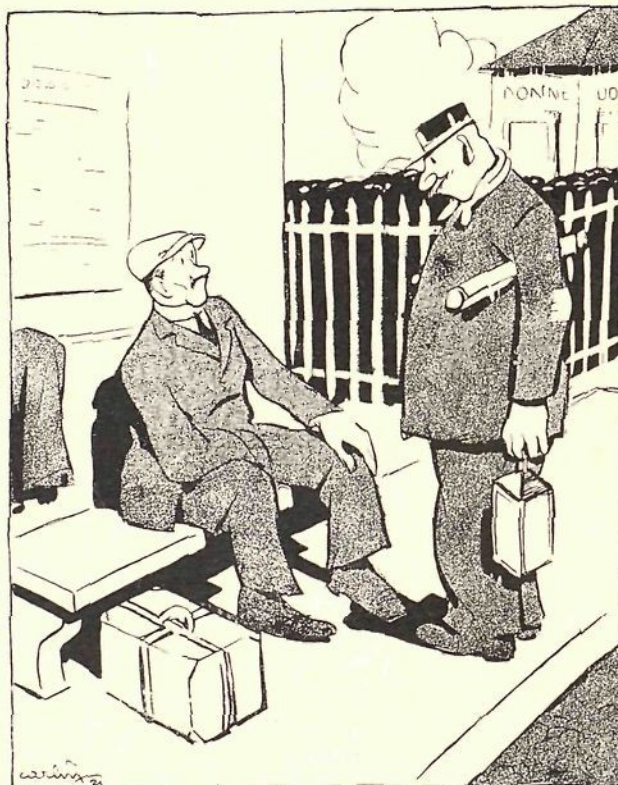
Carlin es un caricaturista moderado de técnica y de ideas. No ha corrido el peligro de los dibujantes de *L'Asino*, a quienes ha dejado en la calle el triunfo de la política fascista. No habrá de conocer tampoco esas horas dolorosas de los incomprendidos, de los que tienen un ideal artístico o simplemente un concepto factual más allá de la acefalía multitudinaria.

Accesible a los gustos del público, se conforma con ser un caricaturista popular, no un humorista de selección. Debemos respetar sus aspiraciones, entre otros motivos, porque las sabe sostener dignamente.

No hay ironía alguna en nuestro juicio. Carlin, como algunos compañeros suyos de Francia, de España, de Alemania, de Inglaterra, representa un elemento intermediario muy lau-

dable. Si no temiese excitar la vanidad de elementos semejantes de aquí, aportaría algunos nombres de caricaturistas españoles tan estimables, tan ingeniosos como Carlin, tan dotados de cualidades de observación en la forma y en el fondo. Pero mejor será evitar las comparaciones.

Inevitablemente, Carlin, por la indole de su personalidad y por el carácter de los periódicos donde colabora asidua-



¡AH, VAMOSI...

EL VIAJERO. — ¡Qué raro!... Este tren ha llegado a la hora en punto.

EL FERROVIARIO. — No, señor. Éste es el que debió llegar ayer...



SÁBADO INGLÉS

— Esta tarde, como sábado, llegará lleno el tren de los maridos.

— ¡Gracias a Dios!... Así podremos dormir, porque no habrá fantasmas por los pasillos.

mente, es lo que pudiéramos llamar un caricaturista [de las derechas, de los elementos de orden.

Claro es que al llegar a este punto la identidad de Carlin con bastantes caricaturistas españoles desaparece.

Así como *Numero* y *Pasquino*, semanarios satíricos opuestos a toda renovación social en un sentido demasiado avanzado, tienen, sin embargo, una libertad de expresión para otros temas, que aquí no se toleran o se encenagan — no conocemos el término medio —, Carlin es un caricaturista que no vacila ante crudas sátiras de frase y de dibujo.

Y éste es otro de los méritos de Carlin, que le disculpan de su condicionada sumisión mesocrática.



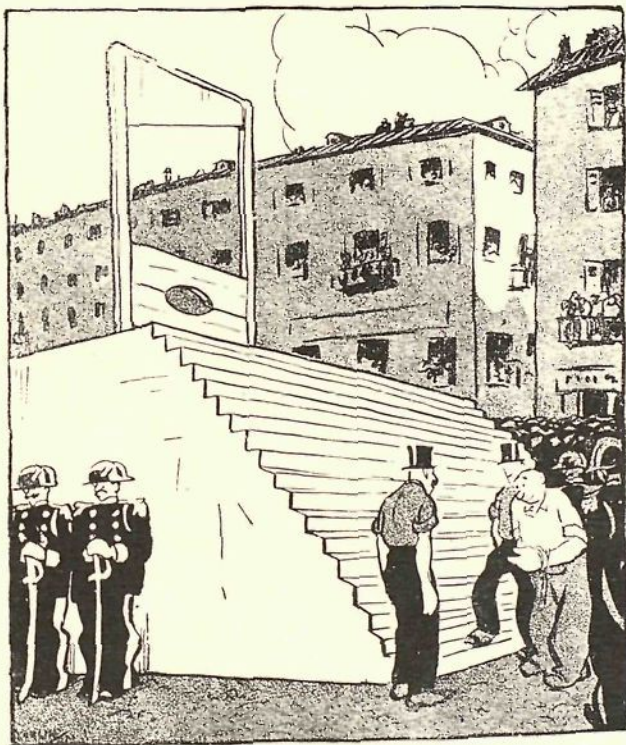
Especializado *Numero* en el desarrollo de un tema único en cada fascículo semanal, y siendo Carlin uno de sus fieles colaboradores, es lógico que al repasar la obra de este humorista le hallemos la preferencia actualista.

Satiriza las costumbres coetáneas de una manera punzante y ligera de cronista frívolo. Y a veces, no obstante, con una

certeza áspera que sorprende, por inesperada, en su ingenio de aparente intranscendencia.

Es el mismo caso de su estilo. Carlin dibuja fácil, ligeramente, empleando contrastes de blanco y negro, líneas ágiles y masas enteras.

Pero de pronto nos hallamos con algún dibujo de Carlin, donde se entiende un propósito más elevado y una capacidad más extensa. El caricaturista a la manera reporteril es entonces un satírico a la manera de ciertos maestros que nos parecían muy alejados de él. Véase como, analizando la obra de Carlin, se le van descubriendo nuevos matices.



CORTESIA

EL CONDENADO. — No; usted primero...

A lo largo de ella, los vicios, las utopías, las derrotas sentimentales, las rebeldías inútiles de nuestra época, pasan con la vivacidad expresiva de ecos periodísticos o *films* de revista cinematográfica. Y siempre el comentario del epígrafe rubrica la intención de las figuras. Recordemos algunos ejemplos de estas sátiras gráficas:

De publicidad desenfrenada. — Un matrimonio pasea por el campo. En lugar de árboles, las praderas están cubiertas de anuncios de productos comerciales, de hoteles, de fábricas. Hasta una gran nube, en lo alto de la cúpula celeste, tiene un letrero aconsejando el hotel del Norte.

Dice la mujer:

— Ha sido una idea maravillosa la de venir por aquí.

Y contesta el marido:

— Sí, hija. El paisaje es magnífico.

De estupidez voluptuosa. — El tío Natal le pregunta a un jovenzuelo:

— ¿Qué quieres que te traiga por Navidad?

— ¿Tiene usted cocaína? — pregunta el mocoso, frecuentador de garitos y *cabarets*.

En otra caricatura, un boticario acaba de despachar un gramo de cocaína — ¡a veinte liras! — a otro de esos «absurdos exquisitos» de última hora. Un busto de Galeno se inclina sobre el boticario y le dice:

— ¡Pero si no le has dado cocaína! Eso no era más que unos polvos inofensivos.

A lo que el boticario — ¡veinte liras el gramo! — responde:

— Es que soy generoso. Peor sería envenenarle.

De comunismo convencional. — Dos harapientos atracan a otro harapiento. Mientras uno de ellos le amenaza con un revólver, el segundo le registra los bolsillos.

— ¡Pero si yo soy también comunista! — exclama el infeliz.

— Entonces debes saber que lo tuyo es mío y que la propiedad es un robo.

De modernismo teatral. — Dos vejetes calvos contemplan a una *petite femme de revue* que lleva las piernas, los brazos, el pecho, la espalda y el sentido común desnudos. Se adivina que esta mujercita no tiene voz, no tiene vergüenza, no tiene distinción; pero, en cambio, tampoco tiene otros atractivos físicos que los de una vulgar pensionista de *mansion de tolerance*.

El dibujo se titula *Entusiasmo* y lleva el siguiente epígrafe:

— Digan lo que quieran, el Arte es una gran cosa.

De precocidad femenina. — Dos chiquillos, una niña y un niño, juegan en medio de un campo. Sus trajes, su aspecto, les delatan en seguida como hijos de labriegos, y, por tanto, alejados de esa precocidad producto de civilización que acusan en seguida los mocosos y las mocosas de la ciudad. Y, sin embargo, la chiquilla está contagiada ya de feminidad interesada.

El chico propone:

— ¿Quieres que juguemos a los novios?

En torno de ellos el paisaje autoriza los idilios. Pero la chica no siente el influjo lírico del paisaje y contesta:

— Bueno. ¿Qué me vas a regalar primero?...

Estos ejemplos demuestran que no sólo Carlin se parece a los dibujantes españoles, sino que diríase vive en España y padece con nosotros las fermentaciones de nuestra decadencia en declive rapidísimo...

JOSÉ FRANCÉS.



— ¡Qué sinvergüenza!...

— Pero no es feílla...

— ¡Gracias a la ropa!... ¡Que fuéramos nosotras así, y ya vería usted!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

UNA OBRA DE ARTE, por Antón Chejov. ==



SACHA Smiznov, único hijo de su madre, entró en el gabinete del doctor Kocheltkov, llevando debajo del brazo un paquete envuelto con un periódico. — ¡Hola, amiguito! — le saludó cariñosamente el doctor. — ¿Cómo está usted hoy?... ¿Qué tal?...

Sacha colocó su mano sobre el pecho y le dijo:

— Mi madre me da recuerdos para usted... Soy hijo único de mi madre...; usted me ha salvado la vida...; me ha curado usted una enfermedad gravísima...; ni ella ni yo sabemos como testimoniar a usted nuestro agradecimiento.

— Nada, amiguito. Hice lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar.

— Soy hijo único de mi madre... Somos pobres y no contamos con medios suficientes para pagar lo que usted ha hecho... Estamos muy avergonzados por esto. Sin embargo, mi madre y yo — que soy hijo único de mi madre —, le rogamos que acepte de nosotros este objeto, como testimonio de nuestro agradecimiento... Es un objeto caro..., de bronce antiguo..., una obra de arte.

— ¿Para qué? ¡No hace falta! — interrumpió el doctor.

— No; no puede usted negarse a esto — replicó Sacha, desatando el paquete —. Sería un desaire para mi madre y para mí... Es una cosa magnífica..., una antigüedad... La heredamos de mi papá y la conservamos como un recuerdo. Papá compraba antigüedades y las revendía a los aficionados. Mi madre y yo seguimos haciendo esto.

Sacha desenvolvió el paquete, y sacando un objeto lo colocó, con aire de triunfo, sobre la mesa. Era un candelabro de bronce antiguo y de labor artística; una pareja de mujercitas, completamente desnudas, en unas posturas imposibles de describir, por falta de valor. Las figuritas sonreían y parecían muy contentas de sostener las palmas.

El doctor miró el regalo, rascóse la cabeza y dijo:

— Es..., en realidad, una

obra de arte; pero... es demasiado, su expresión es... demasiado...

— ¿Por qué lo toma usted así?

— Hombre, no se puede hacer una cosa más indecente... Colocar esto en una mesa es manchar toda la casa.

— ¡Qué manera de juzgar el arte tiene usted! — replicó Sacha —. Vea usted solamente su sentido artístico. Contiene una riqueza de vida..., una expresión...

— Sí, sí; lo comprendo — interrumpió el doctor —; pero, amiguito, soy padre de familia: aquí vienen niños, entran señoras...

— Naturalmente. Para la muchedumbre tendrá otra significación. Pero usted, doctor, tiene que considerarla por encima del vulgo. Si usted rehusa, me ofenderá y ofenderá a mi madre... Soy hijo único de mi madre... Me salvó usted la vida. Le entregamos lo que tenemos de más valor. Lo que siento es que falte la pareja de este candelabro...

— Gracias; yo se lo agradezco mucho. Pero póngase en mi situación...: las

mujeres..., los niños... Pero, vamos, déjelo..., no crea usted que es un desprecio...

— ¡Muy bien! — exclamó Sacha gozoso —. Lo pondré junto a este jarrón. ¡Qué lástima que no tenga pareja! ¡Es una lástima! ¡Adiós, doctor!

Al quedarse solo, el doctor estuvo un rato pasándose la mano por la frente.

— No hay duda de que es una obra de arte. Sería lástima tirarla... Tampoco es posible conservarla... ¡Es un problema! ¿A quién se lo regalaría yo?

Tras de una larga reflexión, se acordó de su amigo, el abogado Uhof, de quien era deudor, por haberle ganado éste un pleito.

— ¡Admirable! Como es amigo, no quiere cobrarse en metálico, y será muy hábil regalarle esto. Se lo llevaré en seguida; él es soltero...

El doctor se vistió y se fué con el candelabro a casa de su amigo.

— ¡Hola! Me alegro de encontrarte en casa... Venía a darte las gracias por tu trabajo... Ya que no quieres recibir tus

honorarios, acepta este objeto...; fíjate... ¡Es admirable!

Uhof quedó encantado del regalo.

— ¡Es precioso! ¿Dónde has encontrado esto? ¡Magnífico! ¡Admirable! Sí, es admirable; pero no puedo aceptarlo...!

— ¿Por qué?

— Porque... mi madre viene aquí..., vienen mis clientes...; me avergonzaría hasta de los criados...

— ¡Cál! ¡Tú no me desairas! ¡Es una obra de arte! ¡Mira qué movimiento..., qué expresión!... ¡Tú te quedas con él!

— Si, tuviera siquiera unas hojitas...

Pero el doctor no le hacía caso.

Se despidió, y se fué tan satisfecho de haberse librado del obsequio.

Al encontrarse solo, el abogado contempló el candelabro por los cuatro costados, pensativo.

— Es una obra de arte magnífica..., da lástima tirarla; pero ¿cómo la voy a conservar aquí? ¡Ya está! ¡Se la regalaré esta noche a Chachkin, el cómico, que celebra su beneficio!

Aquella misma noche, el candelabro fué entregado al actor Chachkin. Después de la función, el cómico se encogía de hombros, preguntándose:

— ¿Qué haré yo con esta porquería? Vivo en una casa particular, recibo artistas. Si



Dib. KURRIKI. — Madrid.

— ¡¡Respetable público!!... ¿Quién ha sido el sinvergüenza que me ha dado el tomatazo?

fuese una fotografía, podría ocultarse en el cajón de la mesa.

— ¡Véndala, señor! — le aconsejó el peluquero, ayudándole a vestirse —. Aquí cerca hay una anciana que compra antigüedades... Pregunte usted por Smiznov... Todo el mundo la conoce.

Así lo hizo el cómico.

Dos días después, el doctor Kocheltkov estaba en su gabinete, reflexionando sobre los ácidos biliosos, cuando se abrió la puerta con estrépito y Sacha Smiznov penetró en la estancia. Resplandecía de felicidad. Llevaba algo envuelto en unos periódicos.

— ¡Doctor! ¡Qué alegría! ¡Hemos encontrado la pareja de su candelabro! Mi madre es completamente feliz... Soy hijo único de mi madre... Usted me salvó la vida...

Sacha, tembloroso de agradecimiento, colocó delante el candelabro. El doctor abrió la boca, quiso decir algo; pero no pudo pronunciar ni una frase: se había quedado paralítico.

A. R. H.

Anécdotas teatrales.

"¡NO GRITAN ESOS MALDITOS!"

Estaba yo la temporada anterior haciendo el *Tenorio* en el Coliseo Imperial, cuando una noche, al levantarse el telón para comenzar la obra, y dispuesto a terminar la famosa misiva, noté, sorprendido, que «los malditos» no gritaban dentro, como era de rigor.

Yo esperaba, impaciente, para decir los primeros versos del famoso drama; pero ¡sí, sí! pasaban los minutos, y yo veía que iba a llegar el día del juicio en el mismo silencio.

Para dar tiempo, me pasaba la pluma por la cabeza, hacía como que la quitaba un pelo, miraba hacia el foro, y ¡que si quieres! Aquel día los malditos eran todos mudos.

Ya empezaba el público a impacientarse, cuando se me ocurrió una idea salvadora, que inmediatamente puse en práctica; y disponiéndome a terminar la epístola, y mirando al público, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

«¡No gritan esos malditos;
pero mal rayo me parta,
si en acabando la carta
no les haga yo dar gritos!»

Había enmendado la plana a D. José Zorrilla; pero había salvado la situación.

"¡ÉCHALO AL CAMPO MORO!"

Estaba una noche de su beneficio representando el insigne D. José Valero, en Novedades, la popular tragedia *Guzmán el Bueno*, cuando al llegar al practicable, después de una emocionante subida por la escalera, se encontró con que uno de los dos comparsas que estaban haciendo centinela sobre la muralla



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¿Creéis que aunque me amenacen con huelgas me asusto yo?... ¡Ca, hijas!... ¡Afortunadamente, soy un hombre que sabe tomar muy bien sus medidas!...

tenía una papalina como para llamar de tu a la Santísima Trinidad.

Empezó D. José a recitar la escena en la que ha de tirar el puñal al moro para que degüelle a su propio hijo, cuando oyó a su lado la voz del *mareado* comparsa que, angustioso, decía:

— ¡Don José, que gomito!

Seguía el eminente cómico dirigiéndose al moro con campanuda entonación:

— ¡Y si no tienes puñal, ahí va mi cuchillo!»

Y seguía el comparsa borracho:

— ¡Don José, que gomito!

Hasta que, loco el pobre Valero, y viendo que el comparsa iba a soltar el *mandao* a la vista de los espectadores, exclamó en el mismo tono de voz en que estaba declamando la escena, y dirigiéndole al curda una mirada como para comérselo:

— ¡Ladrón, échalo al campo moro!

MANUEL VICO.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Hado-Kin. Madrid. — Recibimos su extensa carta, a la que contestaremos en más reducidas proporciones. Sólo es necesario decir al pie del artículo el punto de residencia. La calle, el número y hasta el piso no nos interesan tanto. Se trata de que no coincidan las iniciales de nuestros jocundos colaboradores. Otra cosa. Nosotros no ordenamos ni mandamos; gastamos una bromita sencillamente, no siempre lo fuerte que debiera ser. ¡Si viera usted la de españoles que se sienten atraídos al noble arte de la literatura y al no menos noble del dibujo, y que, o son muy brutos, o toman al pie de la letra o al de la línea lo hecho por sus antecesores!... Esto que usted nos envía, reconozca que ya lo hicieron Taboada y sus sucesores desde el mismo punto de vista y por el mismo procedimiento. Tiene algunos aciertos de gracia.

Puede usted hacer algo bueno. Nosotros ofrecemos siempre nuestras columnas al que lo hace regularmente, por lo menos. Sentimos desengañar a muchos pobres artistas y literatos espontáneos; pero cuanto antes se desengañen será mejor, ¿no?

A. G. Algeciras. — Recibimos de usted una carta dirigida al Sr. D. Juan de Aragón. Sobre el nombre del ilustre periodista ha hecho usted un delicado rayadillo, y debajo, aprovechando la de mayúscula de D., ha puesto usted *irector* BUEN HUMOR.

Acto seguido se desata usted en un himno laudatorio que nos hubiera llenado de legítimo orgullo si fuese dirigido a nosotros. He aquí cómo empieza:

¡El más ilustre de todos los periodistas españoles, el más valiente y el más castizo!...

Nos ofrece usted después una serie de cuentos conocidísimos y de chistes añejos, de los que damos unos cuantos al público para su solaz:

¿Cuál es el pájaro que más pesa? El mochuelo; porque todo Dios suele decir: «¡Yo no cargo con ese mochuelo!»

¿En qué se parece un aviador a un aeroplano? En que el primero tiene sesos..., y el segundo se sostiene...

¿Qué animal son dos en uno? El gato, porque araña.

Comprenderá usted que, con tan malos antecedentes, no podemos aceptar de usted esa deliciosa sección recreativa que nos propone.

A. G. S. Sevilla. — Son cerca de seiscientos los señores que diariamente nos envían reseñas de las fiestas en un pueblo.

J. M. C. Galapagar. — ¡Ay! ¡Suspiros!

«Sin hablarme, suspiras y me miras.
¿Qué me quieres decir?
¿Que esa fe y ese amor con que deliras
te hace mejor vivir?»

«Estasiado también yo te contemplo.
¿Por qué no podré hablar?
En lenguaje de amor tomo tu ejemplo.
¿Cuánto dice el callar!...

«Es el aire que, entrando en nuestro pecho,
santifica el amor.
Y al quedar el amor puro en su lecho,
¡qué hermoso es su calor!»

Es usted lo más lírico de Galapagar.

R. D. Madrid. — Es usted un inconsciente, con muy poca gracia y muy mal gusto.



Dib. CLY. — Madrid.

— ¿Qué hora es, caballero?
— ¡Muy buenas!... ¡Las dos!

Xan d'Entenza. Cartagena. — Esa cochinería, tan conocida a través de doce generaciones de estúpidos, no nos parece publicable.

J. C. A. Sevilla. — ¿Es ésa la sal de Sevilla? Hay que sacarle a usted de su abstracción; y le aconsejo dedicarse de lleno a la perfumería.

G. H. C. Madrid Moderno. — Está bien escrito y dialogado; pero anda flojo de gracia. Usted nos hará algo mejor.

Michigán. Avila. — Se queja usted de que en esta sección respondemos mal a todo el mundo. Tenga usted en cuenta que aquí casi sólo se contesta a los que se rechaza.

El Voltaire Moderno (¡Caray!). Albacete. — Sería preferible que lo hiciese usted a máquina, ya que hemos calculado el número de cuartillas que deben ser y el espacio que deben ocupar en el periódico. Seguramente habrá más de una máquina de escribir en Albacete. Pida usted que le dejen utilizar cualquiera unos instantes. Si es preciso, diga usted que va de nuestra parte... De todos modos, calcule usted bien si lo hace a mano.

Colibrí. — ¡Pobre hombre!... ¡Y se cree que ha hecho algo!...

J. G. E. Granada. — ¡Ay, qué cosa nos envía usted! ¡Caray! A nadie se le ocurre largarnos un versito, cuyas primeras estrofas hacen ya suspirar tristemente...

«¡SOLEDAD!...

Vieja cruz de piedra en la plaza granadina,
toda bañada de destellos en la noche lunar,
en tu silencio viene a ofrendarte, ¡cruz divina!,
su despedida triste este juglar...»

¿No se fija usted que esto es el BUEN HUMOR, y no El Lirio Apasionado?...

Jenaro Lebrija. Santa Cruz de Tenerife. — Vale muy poco.

A. Diardhy. Tetuán. — Tiene poca gracia.

Hamlet. Madrid. — Es una vulgaridad, con una enormidad de chistes, copiados hasta de los cuentos de Calleja. Por ese camino no se va a ninguna parte.

Mochuelo. Cádiz. — ¡Es usted más bruto que un cerrojo!

J. S. M. — Es usted un pobre hombre, que escribe *hayaba*, *ipnotizar*, *susanó* y otras *hatrocidades*.

R. C. y sus veinte amigos. Madrid. — ¿Green ustedes, de verdad, de verdad, que eso tiene gracia?

Kar-Kar. Madrid. — Tiene usted que trabajar mucho si quiere conseguir algo. Sobre todo, es un consejo, procure prescindir de esas aclaraciones entre paréntesis, en que, con muy poca gracia, suelen incurrir casi todos los principiantes.

Baco. Córdoba. — No se lamente usted de no poder acompañarse de recomendaciones. En nuestras determinaciones somos libres, espontáneos e invulnerables, aunque sean cosas recomendadas por el mismo señor obispo de Sién.

M. Z. (hijo). Madrid. — No tiene gracia.

M. F. V. Málaga. — Mucho gusto tendría en complacerle, mi comandante; pero eso que nos envía ¡vale tan poco!... Mándenos otras cosas, y en prosa, si puede ser. ¿Está usted seguro de que se dice *altarito*, mi comandante?

Están admitidos y se publicarán los dibujos siguientes:

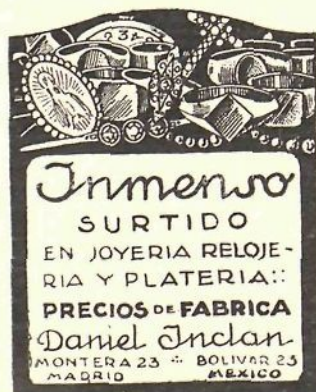
Tres de Durán y Melendreras; dos de Dolfos, Guasp y Bobby, y uno de Yolí, Aurelio, Fervá, Martín, Durabat y Rubio. Cobete. — E. A. — E. G. — No sirven.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Toda la correspondencia debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, en esta forma: BUEN HUMOR. — Apartado 12.142. Madrid.



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

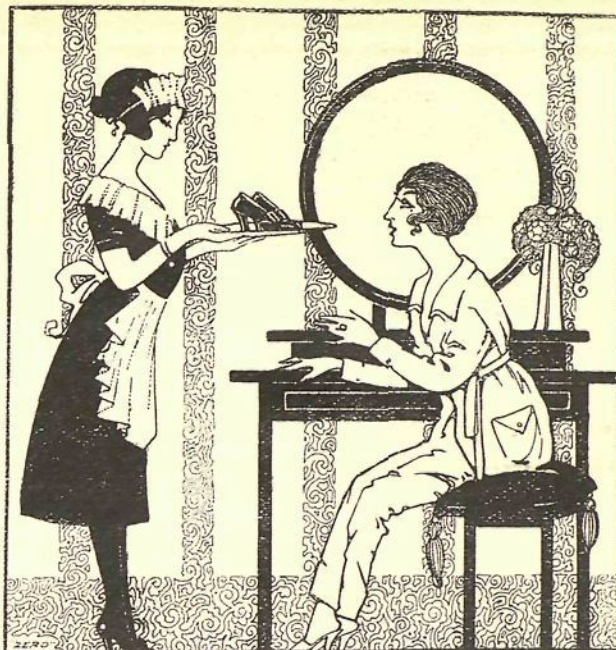
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



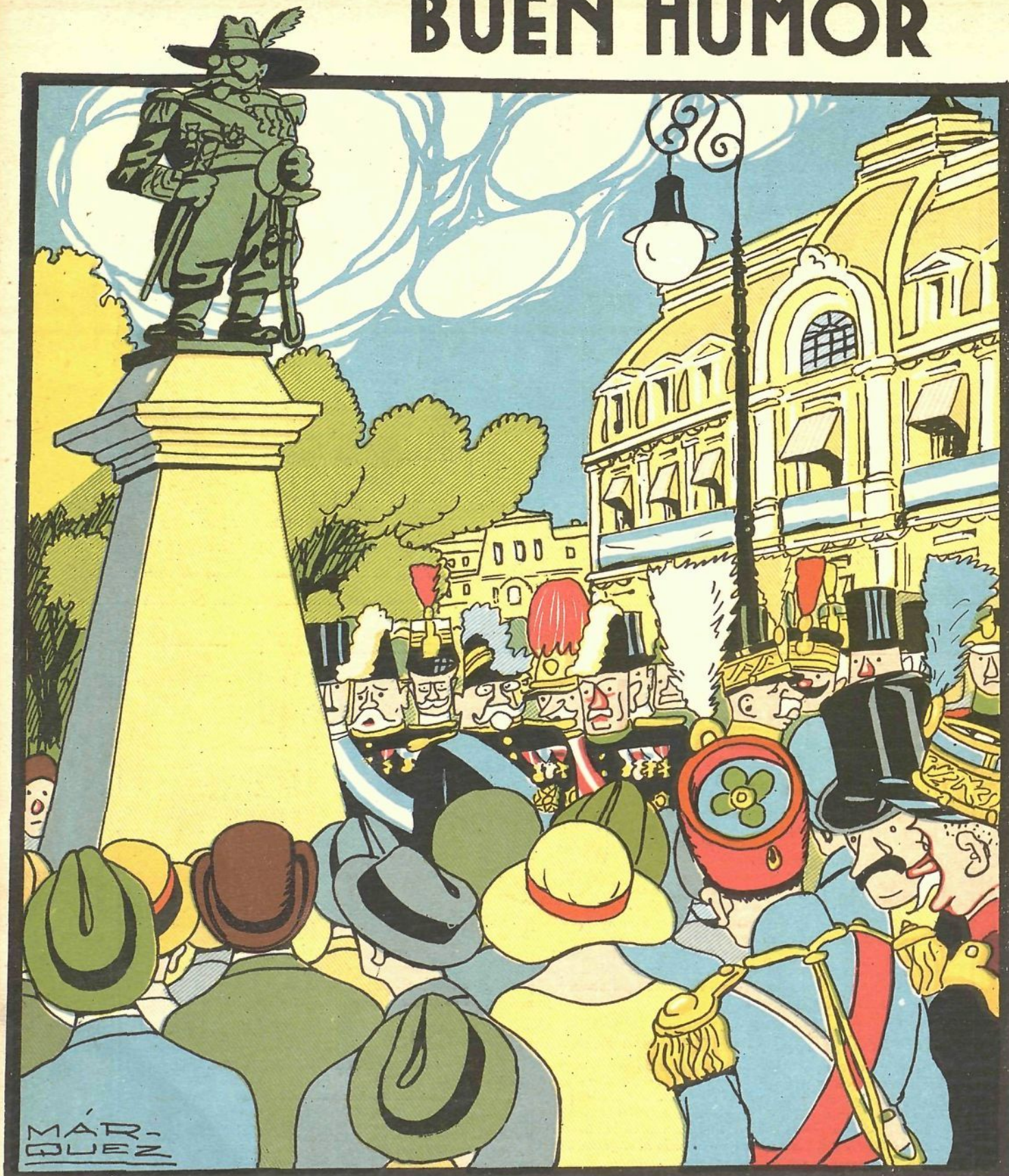
CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp.^{ta} — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



AL PIE DE LA LETRA

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

- General, hemos llegado tarde; ya han descubierto la estatua.
- ¡Ca, hombre! Mírela aún con el sombrero puesto.

Ayuntamiento de Madrid